

ALTAR Y TRONO.

REVISTA HISPANO-AMERICANA,

REDACTADA POR LOS MAS CONOCIDOS ESCRITORES CATÓLICO-MONÁRQUICOS,

Y DIRIGIDA POR LOS SEÑORES

D. A. J. DE VILDÓSOLA Y D. VALENTIN GOMEZ.

SUMARIO.

La regencia y el regente, por D. Valentin Gomez.—Historia é historias, por D. A. J. de Vildósola.—Nuestras relaciones con las repúblicas hispano-americanas, por D. A. J. de Vildósola.—El catolicismo en los Estados-Unidos, por V. G.—Estudios económico-sociales: la economía política y el catolicismo, por el P. D.—VIRGINIA, ó Roma en tiempo de Neron: novela escrita en francés por Villferanche, y traducida por D. Francisco Melgar (continuacion).—Revista de la semana, por E.—Correspondencia extranjera.—Anuncios.—Ademas se reparte con este número el pliego 7.º (16 páginas) de la obra del P. Magin Ferrer, *Cuestion dinástica*.

LA REGENCIA Y EL REGENTE.

I.

No parece sino que la revolucion presente es una revolucion provisional. Desde que se dió el grito en Cádiz de *¡abajo lo existente!*—grito provisional hasta que pudiera decirse *¡arriba lo no existente!*—hemos ido marchando de interinidad en interinidad hasta el establecimiento de la regencia, que no pasa tampoco de ser una solucion tan interina y provisional como el gobierno que acaba de dar por terminadas sus tareas el 18 del mes corriente.

Si no supiéramos que el espíritu revolucionario no es otra cosa mas que la negacion, nos asombraria ver cómo los partidos liberales coaligados han ido destruyendo lo mas sustancial de las instituciones seculares de España, sin que nada hayan logrado inventar con que sustituirlas.

Si han querido construir algo con apariencias de estable, no han hecho sino parodiar lo que existia anteriormente. Despues de proclamar todos los principios democráticos, se contentan con echar las bases de una monarquía, poco mas ó menos, como la simbolizada en la persona de doña Isabel de Borbon. Mas, hallándose imposibilitados de poner en el Trono á un príncipe, porque no hay príncipe que acepte tan menguada y ruin Corona, fundan una regencia con honores de monarquía, creyendo que de este modo el pueblo no echará de menos la representacion del principio de autoridad. Es decir, que despues de tantas idas y venidas, de tantos programas, alocuciones y discursos, resulta que en las doctrinas se ha demostrado alguna mas franqueza para profesar blasfemias y verter errores; pero en la forma, así como en la esencia misma de las cosas, apenas hemos hecho la mas pequeña variacion.

¿Qué ha sido durante siete lustros de reinado la desgraciada hija de Fernando VII? Pues no ha sido mas, en la esencia, que la bandera del liberalismo para hacer la guerra á la Iglesia y á la Monarquía verdadera y tradicio-

nal. En la forma, una especie de regente que estaba siempre á merced de los partidos, de las fracciones y de las camarillas; camarillas y fracciones que no son sino una degeneracion de los partidos.

¿Qué es el general Serrano elevado á la categoría de regente, por arte y maña de los santones progresistas? Pues no es sino la bandera de conciliacion de los partidos liberales, que se aprestan á resistir los golpes que el sentimiento católico y monárquico del país ha de dirigirles necesariamente en un término mas ó menos lejano. Esto en cuanto á la esencia; en cuanto á la forma, aun contando con que al Sr. Serrano se le ha privado de dos prerogativas importantes, si por otra parte se considera que él es un general acreditado, hasta cierto punto, y doña Isabel era una pobre mujer incapaz de dominar una situacion con un rasgo de audacia ó de arrojo, vendremos á parar en que la regencia de Serrano no es ni mas ni menos que la monarquía de doña Isabel, y que si esta se hallaba sujeta por los partidos, á pesar de su carácter de princesa y de la *media legitimidad* que le concedió generosamente el Sr. Lorenzana; aquel, con mas razon, será juguete de las ambiciones, intrigas y miserias de sus amigos políticos, porque él, en realidad, por su origen y por su historia, es completamente igual á ellos, y á ellos debe todo lo que es en los actuales momentos.

¿Se ha variado, pues, en algo esencial y formal la situacion política de nuestro país desde setiembre acá? No habiéndose proclamado la república, y, por el contrario, estableciéndose una regencia constitucional con los atributos monárquicos, resulta que estamos como estábamos, salvo que la inquietud, el desórden material y la incertidumbre de lo por venir son mayores que antes de la rebelion de Topete.

II.

Hemos dicho que la regencia de Serrano significa la conciliacion de los partidos liberales, que se aprestan á resistir los golpes que el sentimiento católico y monárquico del país ha de dirigirles en un término mas ó menos lejano. Espliquemos esta idea, porque es, á nuestro juicio, la idea fundamental en que se apoya el establecimiento de la regencia encomendada al general Serrano.

No cabe duda en que el gobierno se halla en medio de dos corrientes contrarias, la una de las cuales le empuja para que avance hasta el fin, mientras la otra le inclina hácia atras para que deshaga completamente todo el camino andado.

El soplo de la república, por un lado; el soplo de la reaccion, por otro: tales son estas dos corrientes. El gobierno, como gobierno doctrinario, ha buscado el punto medio de aquellos dos extremos, adoptando resueltamente una actitud defensiva contra las exageraciones de unos y otros radicales.

El temor mismo que le ha causado la revolucion ha impedido al gobierno llegar hasta la república, á donde lógicamente le llevaban los sucesos y las doctrinas; pero á la vez el gobierno no podia declararse por una verdadera reaccion, porque necesitaba antes renegar de su origen, arrepentirse de todo lo hecho, suicidarse, en una palabra, para dejar el paso libre á los restauradores legítimos.

Movía, pues, al gobierno su propio interes á buscar una solucion doctrinaria que, aunque interina, tuviese fuerza suficiente para combatir á republicanos y carlistas, en tanto que se daba con el príncipe mal aconsejado que ha de ocupar el ridículo Trono de la revolucion de setiembre. De aquel interes del gobierno ha brotado la idea de la regencia, que viene á ser una sombra de monarquía electiva, con sus puntas y ribetes de dictadura militar, suavísimamente ejercida por ahora, y extraordinariamente limitada en sus atribuciones por las Cortes Constituyentes. Pero el gobierno, tal como estaba constituido, ¿no se creía capaz de contener á los partidarios de uno y otro bando extremo? Para contener á los republicanos tenia el gobierno provisional mas que suficiente fuerza, sin necesidad de apelar á la regencia: lo que hizo en Málaga, Cádiz, Jerez y otros puntos lo habria repetido mil veces si hubiera sido menester, sin costarle gran trabajo. Y sobre todo, puesto francamente en el camino de la revolucion, no le asustaba gran cosa llegar á la república, porque al fin y al cabo con los principios democráticos gobernaba, y de la democracia á la república no hay mas que un paso. Mas habia otra cosa que le daba mucho en qué pensar, y contra la cual el gobierno se sentia débil y en cierto modo desorganizado: esa otra cosa era y es la explosion del sentimiento católico y monárquico, producida por la fuerza misma de las iniquidades y torpezas revolucionarias.

No creyeron nunca los revolucionarios que el partido carlista, al cual se han adherido hoy todos los hombres verdaderamente conservadores, tuviese tantas raices en España despues de treinta y cinco años de padecimientos, persecuciones y miseria. Por eso no temieron en los primeros instantes la proclamacion de ciertos principios, cuya práctica realmente libre y absoluta hubiera sido el medio mas seguro de matar la revolucion. Mas vieron que los muertos resucitaban llenos de vida y de vigor, que lo seco reverdecia y lo viejo se rejuvenecia: vieron salir de nuevo el partido carlista pujante y entusiasta, como en su origen, y acaso con mas pujanza y entusiasmo que en su origen, y hubieron de pensar que la exageracion del espíritu democrático, y el consiguiente establecimiento de la república, era facilitar demasiado el camino del Trono al ilustre nieto de Carlos V. De aquí la coaccion inusitada que se ejerció en el sufragio universal con los carlistas; de aquí la votacion de la monarquía en el Congreso, y de aquí, por último, el establecimiento de la regencia única, encomendada á un capitan general.

El temor al partido carlista: tal es el móvil princi-

pal de la política del gobierno; política del miedo, que nunca da mas resultado que la efusion de sangre para llegar al imperio de la fuerza. Mas ¿qué otra cosa podia hacer el gobierno, si desde los primeros momentos de la revolucion se vió totalmente abandonado de una buena parte de las clases conservadoras, únicas que dan fuerza y prestigio al poder sumo del Estado? Era débil, y el miedo no es mas que una consecuencia de la debilidad. Como de esta debilidad solo podia aprovecharse el partido carlista, porque el moderado acababa de ser hecho añicos, y el republicano comenzaba á dar las primeras señales de vida, toda la atencion del gobierno y toda su conducta política no tuvo en realidad otro objeto que el partido carlista, cuya organizacion, debida á la iniciativa de un Rey jóven y despejado, y á los consejos de generales ilustres y políticos eminentes, se iba haciendo cada dia mas poderosa y amenazadora.

A mas de esto se ha estado observando un fenómeno que naturalmente debia poner en gran cuidado al gobierno revolucionario, y es á saber: que esas clases conservadoras, de cuyo abandono provenia toda la debilidad de la revolucion, se iban uniendo, empujadas por la fuerza del instinto y por la no menos enérgica del desengaño, al partido católico-monárquico, representado en la augusta persona de D. Carlos VII. Este hecho era lo mas grave que podia suceder al gobierno provisional, porque no declarándose republicano, y teniendo propósitos de continuar en el sistema irracional del doctrinarismo, que há tanto tiempo nos domina, forzosamente habia de buscar su apoyo en las clases conservadoras: y yéndosele estas, ¿qué apoyo le quedaba?

Para poner coto á la emigracion de esas clases al partido carlista, no habia mas remedio que apartarse de los republicanos, votando la monarquía y trayendo un monarca. Y, en efecto, la monarquía se ha votado, pero el monarca no ha venido. A contrarrestar este daño tiende el establecimiento de la regencia. ¿No hay monarca? ¿Las clases conservadoras se van á otro campo donde es fuerte el principio de autoridad? Pues hagamos una parodia de monarca, fundada en una sombra del principio de autoridad. Y se hizo la regencia única, revestida de casi todos los atributos monárquico-constitucionales.

Resulta, pues, que la institucion de la regencia es pura y simplemente hija del temor al partido carlista reforzado con el concurso de las clases conservadoras: mejor dicho, es una red que se tiende á estas clases para cortarles el camino que les ha trazado el instinto de su propia conservacion y el sentimiento de su dignidad.

¿Logrará el gobierno sus propósitos?

III.

Entre las muchas cosas que la revolucion ha puesto en claro desde que comenzó su funesto imperio, no es la menos importante la de que, por dicha de España, falta un hombre para la revolucion. Confiaban unos en Prim; muchos cifraban grandes esperanzas en Rivero, y no faltaba quien esperaba que *el hombre* saldria de las entrañas mismas de la revolucion. Todos, sin embargo, estaban conformes en que el general Serrano, ni por su carácter, ni por su inteligencia, ni por su historia, podia ser el hombre de la revolucion.

Los que esperaban algo de Prim ó de Rivero, ya ha-

brán visto á la hora presente que no tenían fundamento sólido sus esperanzas. Uno y otro se han encallado en la rutina política: apenas se han levantado, en ninguna cuestion, dos dedos por cima de Sagasta, el cual, en materias de gobierno, no traspasa jamás el nivel del suelo. Sea por pereza, sea por falta de aptitud, ello es que ni Rivero ni Prim han salido del angosto círculo en que se mueve siempre la política española; política personal, de cabildeo y de intrigas de pasillo. Esto no tiene nada de particular; mas lo verdaderamente extraño es que haya mostrado cierto tacto político, cierta mesura y habilidad en la manera de tratar las cuestiones aquel de quien menos se esperaba, es decir, el general Serrano.

Ni una imprudencia ha cometido, ni una frase que pudiera comprometerle ha salido de sus labios. No ha hecho alardes de fuerza y de valor como el general Prim; no ha puesto en boca á los carlistas; no se ha mostrado afecto á ningun candidato; no ha hecho, en resúmen, más que contener, calmar, conciliar; lo mejor que podia hacer, dada su posicion y sus antecedentes.

Encomendar, pues, al general Serrano la regencia, es lo menos desacertado que se le ha ocurrido á la revolucion. Mas, hablemos francamente: ¿es la *Alteza* del general Serrano una garantía seria para las clases conservadoras? Por mas tacto y mesura que en él quiera suponerse, ¿hay posibilidad de que él, débil por carácter, inconsecuente por la índole de su inteligencia, y amigo de sus amigos hasta la exageracion, dé fuerza al principio de autoridad, lógica á las determinaciones supremas, é imparcialidad á los acuerdos gubernamentales? Precisamente las buenas cualidades que ha demostrado en el Congreso como presidente del poder ejecutivo, son inútiles en la regencia; á la vez que sus defectos de carácter, de inteligencia y de amistad, influirán notablemente en perjuicio de los intereses generales.

El Sr. Serrano es el menos malo para regente en estas circunstancias; pero, así y todo, es detestable.

Y aun puesto caso que no lo fuera, ¿cómo los hombres conservadores han de prestar su apoyo á un gobierno tan *provisional*, tan inestable, tan efímero como el que acabamos de tener? ¿Pues qué es la regencia sino un cambio de nombre y un aumento de aparato para fascinar los inocentes ojos del vulgo, en quien la novedad de lo aparente suele hacer tanto efecto como la novedad de lo esencial?

No logrará el gobierno sus propósitos, porque á pesar de la Constitucion, á pesar de la regencia, la situacion política no ha variado un ápice: la confianza no ha adelantado un paso: el orden no ha conquistado ni una garantía mas. Estamos hoy completamente lo mismo que ayer.

Las clases conservadoras continuarán engrosando las filas del partido del orden, del partido carlista, pese á los esfuerzos que el gobierno hace por evitarlo; y el partido carlista continuará en frente de la revolucion, con el arma al brazo, viendo cómo se disuelven solos los elementos que han dado vida al motin de setiembre.

VALENTIN GOMEZ.

HISTORIA É HISTORIAS.

I.

El Sr. Navarro y Rodrigo, en el discurso que pronunció dias pasados, no sabemos si contra la regencia ó contra Prim, si en favor de Montpensier ó de Serrano, hizo, como ahora se dice, mucha historia, y recordó algunas historias. Habló de los pretorianos, citando á Tácito; de las dos revoluciones inglesas, y de Monk, y de Cromwell; de las dos revoluciones francesas, y de Mirabeau, Danton, Robespierre, Napoleon y Luis Felipe, contando, por último, los hechos de Itúrbide, y pintándonos la situacion de Méjico desde que se separó de España. Así, pues, el discurso del Sr. Navarro ha sido, en suma, una esposicion histórica, de la que pretendia el orador sacar importantes deducciones aplicables á nuestra situacion; y de esto mismo vamos á tratar nosotros ahora, sin que tengamos que hacer otra cosa para ello que rectificar los juicios y los hechos históricos del Sr. Navarro.

Entremos desde luego en materia.

II.

Mas por alarde literario que como cita histórica aplicable, habló el Sr. Navarro de los pretorianos romanos que hacian y deshacian Emperadores en los tiempos del Imperio y del Bajo Imperio, que cubrian con la púrpura á sus elegidos de un dia, hasta que se la arrancaban teñida en su sangre para colgársela á otro favorito. El señor Navarro no ha visto otra cosa en la historia de los pretorianos, y, sin embargo, si tuviera mejor vista ó hubiera mirado bien, habria distinguido en esos hechos la historia del mundo bajo un principio, y en ese principio, que todo lo ponía á merced de la espada y del puñal de los pretorianos, el principio mismo que de nuevo, por el señor Navarro y todos sus amigos antiguos y aliados modernos, se quiere dar á nuestra patria, á Europa y al mundo entero.

Es cosa corriente en aulas, desde que se viene falsificando la historia, que Bruto defendía la libertad y los derechos del pueblo romano contra Julio César, tenido por el verdugo y llamado *el tirano de los pueblos*. Nada mas falso: acaso Bruto, aristócrata, defendía la libertad civil, que siempre ha co-existido con la aristocracia; pero Julio César fue el representante del pueblo contra la aristocracia; á Julio César, al pasar el Rubicon, le llamaba el pueblo, que salió á recibirle con flores; en Julio César, exhumador y conservador de las obras de Sila, renacian los Gracos y renacian todos los tribunos, porque él iba á sacar al pueblo del monte Aventino para cubrirle con la púrpura en el Capitolio.

El principio de la soberanía nacional, ni antes ha tenido, ni ahora tiene, ni jamás tendrá otra representacion, otra aplicacion viva y efectiva que el cesarismo. Diríase que, al contrario, repele el cesarismo por lo que entra en el hecho del cesarismo el principio de autoridad; pero va á él lógica é irresistiblemente por la anarquía que siempre en los primeros momentos produce su victoria. La soberanía nacional se halla igualmente representada por Catilina que por Julio César; solo que Catilina dice al pueblo: «Eres soberano; satisface tus pasiones y tus caprichos;» lo cual es decirle: «Desgárrate

y perece;» mientras Julio César le dice: «En mí eres soberano; por mí ejerces la soberanía; la púrpura con que á mí me cubres, á ti te cubre;» lo cual es decirle: «Deja que yo satisfaga tus pasiones de modo que puedas vivir sin que ellas te maten instantáneamente.» Y por eso Catilina sucumbre, y César viene consolidando su obra por muchos siglos.

En vez de citar á Tácito, aristócrata que echaba de menos el Senado y que sabia muy bien lo que se decia, el Sr. Navarro debia haberle comprendido, y sobre todo debia haber comprendido que él es uno de los que trae á los pretorianos al proclamar un principio por el que se va necesariamente al cesarismo, al que fatalmente acompañan los pretorianos.

III.

El Sr. Navarro, que no ha visto en los pretorianos otra cosa que la cita del biógrafo de Agrícola, ni en esa cita otra cosa que una frase enérgica de buen efecto literario, no ha podido ver tampoco la contradicción en que estaba incurriendo al citar los ejemplos de Inglaterra y Francia para pedir la monarquía de una dinastía extranjera y revolucionaria.

Atendamos por de pronto á los ejemplos de Inglaterra.

Una revolucion popular derriba del trono á Carlos I, le decapita, y al momento aparece el cesarismo en el protectorado, y Cromwell renueva á Julio César. Cromwell, sin embargo, no halla á su alrededor quien le reemplace: los pretorianos existen ya y son dueños del pais, y aclama á un nuevo César, y ese nuevo César es un general, es Monk; pero Monk prefiere ser en la historia el único Monk, á ser uno de tantos Césares; y él, dueño de los pretorianos, y dueño del pais, entrega el Trono á Carlos II. Sobreviene la segunda revolucion; mas ¿con qué carácter? ¿Es una revolucion popular como la primera? Al contrario, es una revolucion aristocrática, que al cambiar la dinastía cambia las condiciones del Trono, le deja sin fuerza, sin accion y sin iniciativa, en condiciones que no hubiera podido aceptar, y con las que no hubiera podido vivir la dinastía antigua. Si la caida de los Estuardos hubiera sido debida al principio de la soberanía nacional, Cromwell hubiera renacido; no fue sino una maniobra aristocrática, que no levantó un nuevo Trono, sino que dejó el Trono en pie como un mero accesorio, como una institucion de adorno y perspectiva, concentrando en la aristocracia la unidad de poder, siempre necesaria, y que ha conservado hasta ahora. Por lo demas, si el Sr. Navarro aspira á tener un Trono como el de Inglaterra, empiece por combatir el principio de la soberanía nacional tal como le proclama, y busque luego á su alrededor una aristocracia.

Respecto de Francia, ni apariencias de razon tienen las citas del Sr. Navarro, en cuanto al objeto con que las ha presentado. Se puede decir, cuando no se profundizan las cosas, que Inglaterra encontró la paz y el orden cambiando su dinastía á la raiz de una revolucion; pero, ¿cómo se puede aducir, para probar lo mismo, el ejemplo de Francia y de Luis Felipe? ¡Pues qué! ¿no cayó Luis Felipe despues de un reinado laborioso, lleno de humillaciones para Francia y para el Trono, constantemente alterado por motines y por el golpe de un motin de tres horas hecho por unos cuantos miles de pilletes?

En Francia, en 1789, se proclamó el moderno, es decir, el viejísimo principio de la soberanía nacional por varios Catilinas, que fueron sucesivamente víctimas de sus propios actos, hasta que apareció César, es decir, Napoleon Bonaparte. Y Napoleon cayó á su vez porque sus pretorianos fueron vencidos, no porque le faltaron los pretorianos. Vino la restauracion, pero Luis XVIII, segun la frase de José de Maistre, se sentó en el Trono de Napoleon, y no en el de San Luis. César por el principio que aceptaba, no lo fue por sus hechos, no se apoyó en los pretorianos, y preparó la caida de su hermano en 1830. Entonces se quiso evitar el ejemplo de Inglaterra, y se cogió un Rey que se tenia á la mano: solo que, como no habia aristocracia, se erigió á la *bourgeoisie* en aristocracia, y esa aristocracia de caricatura mas que de parodia, y ese Rey que no pudo ser César porque le faltaba genio y valor, ni Washington porque le sobraba ambicion y avaricia, cayeron ridículamente, despues de una vida corta y miserable. Otra vez los Catilinas, y otra vez César, y César reina, y en vano el señor Navarro le ve en la agonía, porque, sin notar lo que se contradice, le presenta, agonizando y todo, tan potente, que le basta mirar á la cara á los héroes todos de la heroica revolucion de setiembre, para paralizar todos sus movimientos y aun para comprimir sus palpitations.

Los ejemplos de Inglaterra y de Francia, con todos los que pueden aducirse, solo prueban una cosa: que el principio viejísimo de la soberanía nacional, ó escueto ó con el barniz moderno parlamentario, solo produce la anarquía, ó esos Catilinas que no la reprimen y pasan pronto, ó esos Césares que la regularizan y duran lo que quieren los pretorianos.

Esto es la historia: veamos las historias.

IV.

Allá por los años del 59 al 60, si mal no recuerdo, un gran unionista, no sé bien si el Sr. Güell y Renté ó el Sr. D. Enrique O-Donnell, y aun podria ser que uno y otro, escribió, ó escribieron, un elocuente paralelo entre la Reina Isabel, como entonces la llamábamos por fuerza (infanta, como la llamé yo el 30 de setiembre), é Isabel la Católica. Por aquella fecha el Sr. Navarro era redactor de *La Época*, y *La Época* encomió el paralelo al calor del entusiasmo que en él reinaba; y como yo, redactor entonces de *La Esperanza*, me permitiera observar que no veia ninguna semejanza, antes al contrario hallaba no pocas ni poco esenciales desemejanzas entre Isabel la Católica y la infanta Isabel, *La Época*, en que escribia el Sr. Navarro, y casi podria decir que el Sr. Navarro en *La Época*, se enfadó conmigo, y con ayuda de la ley liberal del Sr. Nocedal, tan liberalmente aplicada por el liberal Sr. Posada Herrera, me dejó sin palabra, pues que hube de guardar para mí aun aquellas en que me limitaba á contar lo que habia sido Isabel la Católica, sin que á la infanta Isabel la mentara siquiera para nada.

Pues ahora, figúrense mis lectores cuál habrá sido mi sorpresa al encontrar en el discurso del Sr. Navarro unas historias de no quiero saber qué liviandades é ingratiudes de la infanta Isabel, á quien el Sr. Navarro presenta como á una Margarita de Borgoña ó á una Juana de Nápoles, y figúrense tambien si habrá crecido mi asombro al ver en el mismo discurso otras historias de verdades y

grandezas, por las que el Sr. Navarro no tiene inconveniente en señalar una semejanza casi perfecta entre Isabel la Católica y la infanta Luisa Fernanda, la propia hermana de doña Isabel, la esposa de D. Antonio de Orleans, el hijo de Luis Felipe, nieto de Felipe Igualdad, y dignísimo vástago de tan honrada prosapia. Pero disculpemos al Sr. Navarro; improvisaba, según nos dijo, y es sabido que en la improvisación, aun citando á Tácito, se puede incurrir en garrafales errores históricos.

No sé ni quiero, en verdad, saber, y lo repito aunque acabo de decirlo, la historia de las ligerezas, liviandades é ingraticudes de la infanta Isabel, á cuya sombra nació, creció y floreció la Union Liberal durante largos años; pero tengo que decir que no veo qué hay de común bajo ningún concepto entre la infanta doña Luisa Fernanda é Isabel la Católica.

Isabel la Católica, aunque apoyada por las Cortes y aclamada por el pueblo, jamás pensó en arrebatarse el Trono á su hermano, y no hizo más que defender su derecho contra el de su sobrina: yo no diré que doña Luisa Fernanda haya querido arrebatarse el Trono á su hermana; pero lo que he visto es que, después de haber recibido de ella mil beneficios, hoy quiere ocupar un Trono del que le ha derribado una sublevación militar iniciada por quien se reconoce gran admirador de sus virtudes. De Isabel la Católica se cuenta por todos los historiadores que siempre fue amiga del sosiego y de la paz doméstica, y que vivía y hacía vivir á sus damas en el mayor recogimiento; y de la infanta doña Luisa Fernanda contaba días pasados el *Figaro* ó *Le Gaulois* que allá por los años del 48, cuando abandonada por su valeroso consorte andaba errante por las calles de París, le decía á su acompañante: «Prefiero esto al salón de costura de mi suegra.» De Isabel la Católica quedan en las páginas de la historia mil rasgos magníficos de valor y desprendimiento; de doña Luisa Fernanda, salvo las limosnas que se anuncian en *La Correspondencia*, y que valen lo que otro anuncio cualquiera de las curas maravillosas y gratuitas de un cirujano ó de un dentista, solo recordamos algunas gacetillas que hablan de la venta de las naranjas de San Telmo ó del viaje precipitado á Londres en una de las insurrecciones de Sevilla. En una palabra: de Isabel la Católica, con la excepción del Sr. Suñer y Capdevila, en quien no se concibe otra cosa, todo el mundo ve á una gran Reina: en doña Luisa Fernanda, si se exceptúa al Sr. Navarro, apuntado ó sostenido por *La Correspondencia*, nadie ha visto hasta ahora sino una princesa, cuando más, económica.

Así, pues, está probado que las historias del Sr. Navarro no valen más que su historia, aunque la improvisación le salva.

V.

Más ya que el Sr. Navarro se ha metido en esas historias y ha hecho esos paralelos, vamos nosotros á contarle una historia verdadera, y á presentarle un paralelo exacto.

Escúchenos un momento: se trata de una historia antigua, pero que por el paralelo palpita de interés, como diríamos si improvisáramos.

VI.

La cuestión de sucesión al Trono ha producido gran-

des disturbios en los pueblos, y más que en otro alguno en Francia, por los siglos xiv y xv. El Sr. Navarro sabrá indudablemente que Felipe IV, el primero de los Valois, fue llamado al Trono de Francia en virtud de la ley sálica, y sabrá que le disputó su derecho Eduardo de Inglaterra. Guerra civil, y guerra entre Francia é Inglaterra. Felipe IV se sostiene, á pesar de haber perdido la batalla de Crecy; Juan II tampoco sucumbe, á pesar de haber caído prisionero en la batalla de Poitiers; Carlos VI lucha con la misma desgracia, y en Azincourt el inglés se hace dueño de Francia, que apenas sabe tiene un Rey que se llama Carlos VII.

He visto muchos retratos de Carlos VII; era un joven de rostro varonil y animado, y la historia dice que amaba el peligro por el peligro; que era cariñoso con todos los suyos y generoso con todos sus enemigos; que se hacía respetar de quien le veía y amar de quien le trataba. Perdido su Trono, y poco menos que alejado de su patria, Carlos VII sufrió mucho en su infancia, y vivió triste y solitario en su adolescencia. Un día, sin embargo, hirió su oído el clamor de todo un pueblo maltratado por la tiranía inglesa, que lo esquilaba; algunos capitanes de su padre y de su abuelo, con el anciano Dunois á la cabeza, se le presentaron, llamándole á los combates; Dios hizo algunos milagros, y Carlos VII, en la fuerza de la edad y de la bizarría, recobró el Trono de sus mayores, salvó la nacionalidad francesa, y dió á su país orden, dichas y glorias.

¿Necesita ahora el Sr. Navarro que presente el paralelo? Mis lectores no lo necesitan ciertamente; pero les será grato pensar en él de nuevo. Mientras el Sr. Navarro se ocupa de lo que se ha visto, un joven como Carlos VII de Francia, como él de rostro varonil y espresivo, como él cariñoso, guerrero y valiente, un nieto de los Reyes de España, Carlos también de nombre y VII entre nosotros, presta atento oído al clamor unánime que le llega de España, maltratada y desangrada por unos extranjeros que no tienen ninguna patria. No le faltan tampoco á su lado los capitanes de su padre y de su abuelo; Dunois revive á su lado, sin que le pesen los años ni las heridas; y ya, ¿qué le falta para que, como Carlos VII de Francia, arroje al extranjero, recobre su reino, devuelva á la patria el orden perdido, las dichas olvidadas, las glorias marchitas?

Eso se lo diré al Sr. Navarro, que para entonces ha de verlo, así lo espero, así lo creo confiadamente, en uno de los próximos números de la REVISTA, levantado y respetado ya el Altar, restaurado y aclamado ya el Trono.

A. J. DE VILDÓSOLA.

NUESTRAS RELACIONES CON LAS REPÚBLICAS HISPANO-AMERICANAS.

I.

Cuatro puertos franceses, tres en el Océano, el Havre de Gracia, Saint-Nazaire y Burdeos; uno en el Mediterráneo, Marsella, se hallan en comunicación directa, ya por viaje redondo, ya por trasbordo y con vapores y buques de vela, con todas nuestras antiguas colonias. El Havre, en magníficos vapores, hace ya dos expediciones mensuales á Nueva-Yorck, y cuenta en su matrícula gran nú-

mero de *clippers* que periódicamente van y vienen á la América del Sud; Saint-Nazaire, también á día fijo, envía, tocando en Nueva-Orleans, á todos los puertos de las Antillas y del golfo mejicano, sus magníficos *paquetes* ó *paquebotas*; Burdeos tiene buques de vela y buques de vapor para la América del Norte y la del Sud, y ahora mismo construye, empleando el hélice, los que, evitando el trasbordo de Rio-Janeiro, han de ir directamente á Buenos-Aires y á los puertos del Pacífico: Marsella, mas ambiciosa y mas afortunada que los otros, á pesar de su posición en el Mediterráneo, á todos los puntos del continente americano, como del mar Indo-Chino, lleva la bandera de su matrícula ennegrecida por el humo de las chimeneas de sus vapores, ó que destaca sus colores entre la blanca lona que cubre los esbeltos mástiles de sus *clippers*.

Esto sucede, esto vemos en Francia; y ¿qué vemos en España? Intenso desconsuelo causa el decirlo. La nación que al otro lado del Atlántico solo debía hallar hermanos, porque allí encuentra en ciudades y ciudadanos los nombres de sus ciudades y de sus hijos, su lengua, sus templos; la nación cuya estela en el Atlántico no se borrará por la de todos los buques que ahora le cruzan, pues al cruzarla los suyos por primera vez la grabaron para siempre en la historia, apenas si, separándose del golfo de las Damas, que lleva su bandera por privilegio de señora al mar de las Antillas, envía algún que otro buque, cansado y gastado, á los puertos de uno y otro lado del cabo de Hornos.

No es posible que tal estado de cosas continúe; no es posible que pueblos cuyo origen puede decirse es el mismo, sigan tratándose como encarnizados enemigos; no es posible que en la marcha de las sociedades, cuando por una parte la cuestión de intereses es decisiva en los pueblos, y cuando por otra se tiende á la unión de razas para oponerla á la aglomeración de Estados, España y las que fueron sus colonias vivan en estado de perpetua hostilidad.

Esplanemos estas ideas.

II.

La política que unas respecto de otra han seguido las repúblicas hispano-americanas y España, no ha podido ser mas contraria á sus intereses, y no ha respondido á otra cosa que á una exageración de sentimientos contraria en el fondo á los mismos sentimientos de unos y otro pueblo. Por infundados celos y por alardes inoportunos, las repúblicas se han mostrado hostiles y desdénosas para con España; por resentimiento escésivo y orgullo estemporáneo, España ha creído que en sus relaciones con las antiguas colonias debía mostrarse, ó fria hasta el olvido, ó exigente hasta la injusticia. Así se ha mantenido años y años por una y otra parte la actitud en que se colocaran naturalmente despues del rompimiento definitivo, y de aquí han surgido también esas guerras cuya causa jamás ha podido ponerse en claro, y que han cesado, puede decirse, por consunción.

Todo esto, seamos francos, se explica en los hombres, y los hombres forman los pueblos; pero si las divisiones estallan entre hermanos escediendo en violencia á las que se suscitan entre estraños, la verdad es que no duran sino cierto tiempo, y que los lazos que les unen

son mas fuertes que los odios y los resentimientos, acabándose estos con recíproca conveniencia.

El término de tal situación debe ya venir; y la solución de todas las cuestiones que lo han demorado no ofrece gran dificultad. Las repúblicas hispano-americanas, persuadidas de que España ha reconocido y respetará siempre su independencia, deben deponer todo recelo; España, olvidando todo resentimiento, debe mostrarse franca en la amistad con que brinde á las repúblicas.

A millares se cuentan los españoles que en el interior ó en las costas del continente americano, ó acaudalados comerciantes, ó simples jornaleros y proletarios, recuerdan allí la tradición, y á ellos toca en gran parte estimular, en el gobierno de su nacionalidad y en el de su vecindad, cuanto contribuya á formar y robustecer la unión. Por resultado natural del estado violento de relaciones entre su patria de nacimiento y la de su elección, esos españoles, causa muchas veces de conflictos, han sido siempre los que principalmente han sufrido sus consecuencias. Solo lograrán seguridad completa para sus personas y sus bienes cuando allí donde espontáneamente han fijado su residencia, ni ellos se juzguen superiores, ni se hagan considerar como enemigos. Puesto que allí hallan su lengua y sus templos, nada les puede costar el creerse en su patria y el obedecer todas las leyes, sin exigir privilegios, como buenos ciudadanos.

Respóndanos la buena fe, olvidando el interés, y en lenguaje sencillo, prescindiendo de alardes de *patriotería*: ¿han sido fundadas todas las quejas y justas todas las exigencias formuladas por nuestros compatriotas avecindados en América, y que han dado causa á tantos conflictos diplomáticos y á no pocos actos de hostilidad declarada entre pueblos y pueblos? Sin duda muchos de nuestros compatriotas, la mayor parte de ellos, pueden quejarse con fundamento y reclamar con justicia, porque, víctimas pacientes, nada hicieron para provocar los conflictos cuyas consecuencias han pesado principalmente sobre ellos; pero si se remonta á la causa primera, es seguro que se hallará la exigencia de alguno de entre ellos que, al comprometer al gobierno de Madrid, ha comprometido mas tarde á sus súbditos en las repúblicas.

Realmente, á esos españoles toca apresurar la reconciliación, que ellos tienen en sus manos. Sean allí españoles, no para recordar con orgullo la conquista, sino para pedir el amor por los beneficios; y en cuanto afecte á los intereses y la dignidad de los pueblos en que viven, muéstrense á su vez agradecidos por la hospitalidad de que gozan, sin que por lo demás intervengan en las cuestiones políticas, ni acepten otros cargos que los puramente gratuitos, los que honran por el bien que con ellos puede hacerse. ¿Qué duda tiene? Si se observa esta conducta, muy seguramente se estrecharán los lazos entre España y las que fueron sus colonias, como lo piden sus respectivos intereses mercantiles y políticos.

III.

Al hablar de los intereses mercantiles, debemos también dirigirnos preferente y aun exclusivamente, á nuestros compatriotas avecindados en América. Si á ellos toca determinar con su conducta la política de los go-

biernos, de ellos pende tambien que las relaciones mercantiles entre los pueblos se desarrollen en gran escala.

¿Por qué no habian de emplear los inmensos capitales de que algunos de ellos disponen á establecer comunicaciones directas y periódicas entre los puertos de las repúblicas y los de España? Queremos anticiparnos á todas las objeciones y señalar desde luego las que pueden hacerse. Por de pronto, se nos dirá que los cambios de productos entre América y España, por las tristísimas condiciones en que se encuentra nuestra industria, no sufragarian los gastos del establecimiento y sostenimiento de las expediciones; se añadirá ademas que á nadie se puede exigir, dado que los gastos de las expediciones se sufragaran, el que tome malo y caro lo que se le ofrece, cuando puede tenerlo bueno y barato. Indudablemente esto es fuerte; pero acaso no hay en ello plena verdad; acaso es hijo de una opinion que han acreditado nuestra indolencia por una parte, y por otra el estado de hostilidad que acabamos de señalar.

Nuestros puertos nada tienen que envidiar á los de las naciones de Europa mas favorecidas por la naturaleza, y ninguno se encuentra en ella con las ventajas que Cádiz para las relaciones entre los dos continentes. Ventajas de seguridad, ventajas de rapidez: todo eso ofrece Cádiz sobre el Havre, Burdeos y Marsella; y esto por sí solo puede estimular á los navieros. Por ventura los pasajeros, ¿no contribuyen grandemente al sostenimiento de las líneas inter-oceánicas? Pues en ninguna parte se embarcarian tantos pasajeros como en Cádiz y para Cádiz, porque no solo serian los españoles, sino tambien los extranjeros á quienes asusta y afecta la navegacion, hallándose como se halla Cádiz unida por línea férrea á toda Europa.

Sin duda la industria es nula ó poco menos en España; pero tiene productos naturales abundantes é incomparables, y á la vez recibe indirecta, y podria recibir directamente de América, los productos de que carece. Con esto, con los pasajeros y con el desarrollo inmediato que en nuestra industria produjera el ofrecerla un vasto mercado, muy luego podria sostenerse lo que sostiene Francia, con mayor facilidad y comodidad para los americanos.

¡Cuánto mejor seria tambien para la riqueza y el crédito de España que nuestros capitalistas, que no conocen otro comercio que el de la Bolsa, que es juego y no comercio, iniciaran ese impulso á la marina mercante! Ninguna nacion tiene tantos y tan buenos fondeaderos como España; la parte de construccion marítima es en España inmejorable; los hijos de nuestras costas, tan atrevidos como los *yankées*, tan prácticos como los ingleses, y no menos expansivos, sin la petulancia de nuestros vecinos de allende el Pirineo, ofrecen tanta garantía como ventajas, y responderian con ardor al menor estímulo. En cuanto á los gobiernos, olvidado todo, claro está que han de preferirse recíprocamente en sus transacciones, aparte de que en ello debe impulsarse un interes político, que puede llamarse *vital*, porque afecta real y positivamente á su existencia, como lo probaremos en uno de nuestros próximos números, completando lo que aun nos queda que decir acerca de nuestras relaciones con América.

A. J. DE VILDÓSOLA.

EL CATOLICISMO EN LOS ESTADOS-UNIDOS.

En estos momentos en que las naciones católicas por excelencia parece que rechazan, oficialmente al menos, el salvador influjo de la Religión, es por extremo interesante notar los progresos extraordinarios que el catolicismo está haciendo en los Estados-Unidos.

¡Fenómeno singular! Aquella república, formada con los residuos del protestantismo inglés, amasada con la nueva levadura del libre exámen, de por sí disolvente y anárquico, mezcla estraña del salvajismo indígena y del refinamiento de la moderna civilizacion; aquella república inquieta, guerrera y materialista, que ha sido el ideal de nuestros revolucionarios y el asombro del mundo, va trasformándose con pasmosa rapidez en una potencia católica, al mismo tiempo que la idea del imperio brota de entre el descrédito progresivo de la forma republicana.

¿Quién sabe si dentro de treinta ó cuarenta años la república norte-americana será un gran imperio católico, donde la Iglesia recoja sus mas hermosas flores y sus mas sazonados frutos?

Sugiérennos estas reflexiones los datos que ha publicado *La Semana Católica*, periódico francés, tomados del *Catholic Directory*, anuario de Nueva-York, redactado con arreglo á las relaciones de los Obispos, y aprobado por las autoridades eclesiásticas.

Veán nuestros lectores aquellos datos, cuyo interes es inútil encarecer:

I.

Gerarquía de la Iglesia de América en 1869.

Los Estados-Unidos forman siete provincias eclesiásticas, que comprenden 53 diócesis y ocho vicariatos apostólicos. Hé aquí los nombres de estas siete provincias, con el número de diócesis y vicariatos apostólicos que de aquellas dependen:

Baltimore: once diócesis; dos vicariatos apostólicos.

Cincinnati: nueve diócesis.

Nueva-Orleans: seis id.

Nueva-York: diez id.

Oregon: tres id.; dos vicariatos apostólicos.

San Luis: once id.; cuatro id.

San Francisco.

El número de sacerdotes, segun el último censo, es de 3,183.

II.

Iglesias y establecimientos católicos.

La Iglesia católica tiene actualmente en los Estados-Unidos:

3,483 Iglesias.

1,695 Capillas ó *stations*.

74 Seminarios ó colegios preparatorios.

1,404 Colegios ordinarios ó escuelas católicas.

203 Conventos de monjas.

48 Monasterios de frailes.

150 Hospicios con 9,000 huérfanos.

49 Hospitales.

Y unos 150 de otros establecimientos de caridad.

Las anteriores cantidades, esceptuando las que repre-

sentan el número de las iglesias, capillas y Seminarios, son tomadas del censo hecho en 1865. Desde entonces acá, el número de los establecimientos católicos ha aumentado considerablemente.

III.

Número de católicos.

Parece imposible dar el número exacto de la población católica de los Estados-Unidos. El *Catholic Directory* es incompleto en este punto. El gobierno, por su parte, obedeciendo á una especie de escrúpulo, hijo de las ideas de tolerancia ó de indiferencia admitidas en la gran república, no forma las estadísticas religiosas. Sin embargo, de una meditada serie de observaciones hechas en grande escala, resulta que pueden contarse, como término medio, 2,000 católicos por cada sacerdote. Esta proporción entre el número de los fieles y el de los sacerdotes está tomada como punto de partida por muchos estadistas, y singularmente por los autores de la *Annual Cyclopedia*, revista protestante muy estimada en América. Con arreglo á este principio, podemos calcular que el número de nuestros hermanos en la fe asciende actualmente en los Estados-Unidos á cerca de seis millones y medio.

IV.

Cuadro comparativo del estado de la Iglesia en América en diferentes épocas.

Años.	Diócesis.	Vicariatos apostólicos.	Sacerdotes.	Iglesias y capillas.
1808	1	»	68	80
1830	11	»	232	230
1840	16	»	482	812
1850	27	»	1,081	1,578
1854	41	2	1,574	2,458
1857	41	2	1,872	2,882
1861	43	3	2,317	3,795
1869	53	8	3,150	5,278

Tal es, según la *Annual Cyclopedia*, la proporción en que ha aumentado la población católica desde el principio de nuestro siglo. En 1808 solo había un católico por cada 68 protestantes: en 1830, uno por 27: en 1840, uno por 18: en 1850, uno por 11: en nuestros días hay, como término medio, un católico por cada seis ó siete protestantes.

Se nos figura que los datos precedentes demuestran bien á las claras cuán erradas son las profecías que algunos desdichados hacen respecto de los próximos funerales de la Iglesia. Si ha muerto ó no el catolicismo; si el Sr. Pi y Margall tiene razón ó la tenemos nosotros, las anteriores notas podrán decirlo. Claró está que en los Estados-Unidos, como en todas partes, hay hijos ingratos de la Iglesia, hay enemigos declarados que quisieran ahogarla en sangre, si fuera posible; pero no hay ninguno que, como el Sr. Pi y Margall, se atreva á negar la vitalidad poderosa del catolicismo.

Todo el mundo, por el contrario, parece allí comprender que la Iglesia está destinada á alcanzar dentro de poco tiempo un triunfo completo y brillante. Sobre este punto hállanse confesiones preciosas en las *Revistas* y *lecturas* publicadas por los protestantes. La *Annual*

Cyclopedia, por ejemplo, después de dar la estadística que acabamos de reproducir, añade: «Antes del año 1900, la tercera parte de los habitantes de esta comarca será católica.» Hasta los mismos puritanos del Norte, conocidos vulgarmente con el nombre de *yankées*, dejan escapar confesiones verdaderamente admirables respecto de este particular. Bástanos citar la opinión que últimamente emitían ciertos doctores de Boston, en *conferencias* y *lecturas* de que han hablado todos los periódicos americanos.

Estos doctores presentaban, por de pronto, estadísticas de la mas alta importancia, y cuya exactitud nadie ha podido negar. Demostraban, por ejemplo, que el divorcio está á la órden del día entre los protestantes, de tal suerte, que en cada cien matrimonios de estos hay, en ciertos Estados, veinte casos de divorcio. Demostraban también que el crecimiento de la población era nulo entre los antiguos colonos de la Nueva-Inglaterra. La consecuencia natural de este hecho, como aquellos doctores observan, es que la raza anglo-sajona está destinada á desaparecer del continente americano, como han desaparecido varias tribus indianas cuyos nombres son apenas conocidos hoy. «El porvenir, concluyen los doctores de la Nueva Inglaterra, pertenece á los extranjeros (es decir, á los católicos).»

Véase, pues, cuán lejos están en América de cantar los funerales á la Iglesia de Jesucristo. Véase cómo florece lozana y magnífica, como siempre, esta planta inmortal cuya savia es la sangre regeneradora del individuo, de la sociedad, del mundo. Abran los ojos el Sr. Pi y Margall y los que como él piensan; y si no ven la poderosa vitalidad de la Iglesia; si no miran y admiran ese milagro perpetuo y evidente de la inmortalidad de la Iglesia, duélanse con dolor profundo de una desgracia horrible: de su ceguera de alma.

Si en la vieja Europa se debilita, al parecer, la fe cristiana; si hay aquí hombres y gobiernos apóstatas, allá, al otro lado de los mares, se levanta el gigantesco árbol de la Cruz, para confusión de esos desdichados profetas que están hace siglos augurando la muerte del catolicismo, y para consuelo y esperanza de los que creemos firmemente en su inmortalidad.

V. G.

ESTUDIOS ECONOMICO-SOCIALES,

POR EL P. D.

La economía política y el catolicismo.

DEL TRABAJO (I).

II.

Fin superior del trabajo.

El trabajo, función característica de nuestra especie, no es mas que un empleo especial de la actividad humana. Consumir es obrar, pero no trabajar; gozar es también obrar, pero no es tampoco trabajar. Trabajar es desplegar nuestra actividad de modo que se haga útil el objeto sobre el cual obra esta actividad. El agricultor que labra

(1) Véase el núm. 4.º, pág. 57.

un campo trabaja, porque este campo labrado presta una utilidad que antes no prestaba. Por una razón semejante, el herrero que de un pedazo de hierro hace un clavo, el pescador que pesca un pez en sus redes, el sastre que cose un vestido, son trabajadores. El niño que se entretiene en pinchar con la aguja una tela, el desocupado que, remando, pasea en un barquichuelo por la superficie de un lago, no trabajan.

El trabajo, en general, no se limita á las manipulaciones de la materia. Es *espiritual* cuando tiene por objeto una modificación del alma: tal es la oración del cristiano, la meditación del sabio. Es *manuable* cuando obra directamente sobre la materia: tal es el trabajo del labrador y del albañil. Es *misto*, finalmente, cuando aplica la idea á la materia, como hacen el ingeniero, el pintor, el escultor. Pero en economía el trabajo es considerado en su acción, ya próxima, ya remota, sobre el mundo físico, cuyos elementos transforma en provecho del hombre.

El trabajo es, pues, el productor de las *utilidades*. La utilidad es la propiedad que posee ó recibe un objeto de satisfacer nuestras necesidades. Las utilidades naturales son muchas: el aire, por ejemplo, es tan importante y útil para la conservación de nuestra vida corporal, que nos es imposible privarnos de él más de algunos minutos. Sin embargo, estas utilidades naturales son insuficientes; Dios no ha querido encargarse del completo mantenimiento de nuestra existencia material; Él ha dicho al hombre: «En este globo que te señalo por morada, tú serás mi colono; te doy como primer caudal las utilidades naturales; como primeros instrumentos, la inteligencia y la mano; con estos instrumentos reunidos, tú crearás utilidades artificiales: piensa y trabaja.»

Tal es la ley primordial. «Dios, dice el Génesis, tomó al hombre y le colocó en un jardín para que le trabajase y guardase (1).»

Nótese bien que esta ley del trabajo precedió al hecho de la caída.

El hombre inocente fue destinado en la tierra á trabajar. Al principio Dios le trató sin duda como un padre trata á su pequeñuelo; le puso bajo un clima encantador, en medio de árboles cuyos frutos podían alimentarle sin necesidad de trabajo. Así debía ser, puesto que en las regiones menos hospitalarias la vida no es posible sin un trabajo ya desarrollado; pero, de todas maneras, la ley del trabajo estaba promulgada (2).

El trabajo en sí no es, pues, un castigo; es el empleo de las facultades concedidas al hombre, el medio de reinar sobre los seres inferiores, y de llegar á la gloria por la libre glorificación del Criador. «¡Oh Dios, dice el sabio en nuestras divinas escrituras; por vuestra sabiduría habeis constituido al hombre para que dominase á las criaturas hechas por Vos, y para que dispusiese del globo terrestre con equidad y justicia (3).» El autor sagra-

(1) Tullit Dominus Deus hominem, et posuit eum in paradiso voluptatis ut operaretur et custodiret illum. (Gén., II, 15.)

(2) Acerca de la naturaleza de este trabajo impuesto al primer hombre en el Eden, no puede hacerse más que conjeturas. Consistiría acaso en el fácil cultivo del trigo y de la viña en aquellos lugares más á propósito para contener la aglomeración de los hombres; quizás también consistiría en el trabajo artístico, por medio del cual el hombre hubiera sacado del mundo material, en que todo es simbólico de las perfecciones divinas, símbolos más expresivos todavía.

(3) Sapientia tua constituisti hominem, ut dominaretur crea-

do comenta así el texto del Génesis: «Dios crió al hombre á su imagen: los crió macho y hembra, los bendijo, y dijo: «Creced y multiplicaos, y llenad la tierra, y sometedla: dominad en los peces del mar, en los pájaros del cielo y en los animales que se mueven en la tierra (1).»

De modo que la Providencia no esperó á Aristóteles y Platon, y menos á Quesnay y á Adán Smith, para revelar al hombre el secreto de sus relaciones con la tierra. Órgano de las tradiciones originales, separado de Adán por un pequeño número de Patriarcas (2), Moisés, cerca de 1,600 años antes de la era cristiana, esboza el plan real, el plan divino de los destinos de nuestra raza, y señalaba al trabajo material un verdadero lugar en el conjunto de todos los trabajos. El mundo físico fue creado por el Espíritu todo poderoso. El Criador de la materia es al mismo tiempo su ordenador; las moléculas inertes aparecen con las formas de que las reviste la Sabiduría espiritual, y reciben de la Fuerza espiritual soberana sus propiedades, sus energías, sus leyes, y cada una de ellas se coloca sucesivamente en el lugar que le está señalado, comenzando allí las funciones que le fueron prescritas (3); entonces un acto divino, libre como todos los que le han precedido, sin exceptuar el primer *fiat*, forma con un poco de materia inerte el cuerpo humano, y le da por principio de vida un alma espiritual, inteligente y libre.

Este ser sublime debe ser entre las criaturas inferiores el sacerdote, el cantor, el adorador; debe conocer, alabar y amar al Criador. Mas no se limita su deber á estas funciones que le son comunes con los espíritus puros. Todo tiene su objeto en las obras divinas. El hombre, por su cuerpo, forma parte del mundo material. Pues bien: esta tierra que le sostiene, y en la cual, por causa de su misión en el orden espiritual, ha sido creado solo en su especie, será llena de sus generaciones; él la dominará, y con el poder que su inteligencia prestará á sus débiles miembros, irá á coger el pez en el fondo de las aguas, hará del perro un dócil servidor, y el toro y el elefante serán conducidos por un niño. Con más razón serán sujetos á su servicio los seres inferiores, la planta, el mineral y el fluido. Y en los estudios necesarios para la invención de los medios de dominar la naturaleza; en los esfuerzos indispensables para dar á los elementos materiales formas y movimientos útiles, el hombre, imitador de Dios; el hombre, artista á su vez, crecerá y progresará según la ley de perfectibilidad inherente á un ser

tura, quæ á te facta est, ut disponat orbem terrarum in æquitate et iustitia. (Sap., IX, 2.)

(1) Creavit Deus hominem ad imaginem suam. Masculum et feminam creavit eos. Benedixitque illis Deus, et ait: crescete et multiplicamini, et replete terram, et subjicite eam, et dominamini piscibus maris, et volatibus cœli, et universis animantibus quæ moventur super terram. (Gén., I, 27.)

(2) Lamech, padre de Noé, había nacido cuando Adán murió. Arphaxad, nieto de Noé, pudo ver á Abraham. Leví, bisabuelo de Moisés, á Isaac.

(3) Permítasenos notar al paso que esta creación del mundo material es sin duda un misterio; pero ¡cuánta majestad y grandeza en este misterio que impone á la razón la necesidad de rehusar la existencia por sí á seres tan estrechamente limitados, tan evidentemente esclavos! Por el contrario, ¡qué absurdo tan palpable encierran esos sueños cósmicos, según los cuales el universo brotó de la nada, convirtiéndose, no se sabe cómo, en casi nada, para llegar, por medio de otro prodigio, á ser algo; esos sistemas que ponen la inteligencia como último término de la evolución de la materia, y no como principio; es decir, la causa brotando del efecto, el movimiento creando al motor, y la criatura engendrando laboriosamente al Criador! Esto es volver á la infancia de la metafísica; ¡y hay osadía para hablar de ciencias morales!!!

que, conociendo á Dios, tiene por razon de su libertad el poder de acercarse incesantemente á Él.

Para asegurar el cumplimiento de su plan, la Providencia ha dado á la humanidad trabajadora un despierto vigía, la NECESIDAD; el dominio sobre la naturaleza será el premio de una conquista llevada á cabo lentamente por medio del trabajo. El globo no es una riqueza constituida y dada *pro indiviso* á la raza humana, como han soñado los socialistas; es un vasto desierto en el que cada uno dominará aquella porcion que haya hecho dócil con su trabajo. *Subjicite eam*. Una sensacion particular que de grado en grado va llegando al dolor extremo, obliga al hombre á pedir á la naturaleza, por medio del trabajo, primeramente los objetos necesarios para no morir, luego los objetos necesarios para no sufrir, y despues los objetos necesarios para gozar. Véase cómo la necesidad es el gran educador del género humano. Cuando este aguijon se embota, la pereza embrutece y mata á los pueblos.

Pero las necesidades que generalmente incitan al cumplimiento de la ley, no se confunden con la ley, y permanecen subordinadas siempre á la ley. Esto enseña tambien el *Génesis* cuando habla de un árbol cuyo fruto era bello á la vista, sabroso al paladar y muy propio para satisfacer la necesidad del alimento, y sin embargo prohibido á Adán por un motivo de orden mas elevado, á fin de que el hombre, por medio de su abstencion y de su sacrificio, reconociese el supremo dominio del Criador.

Siendo el alma mas que el cuerpo, las necesidades de su vida propia están sobre las necesidades mas imperiosas de la existencia material. *Potius mori quam foedari!* Ya esta preeminencia del alma está señalada en la ley del descanso del sétimo dia, provechoso al cuerpo sin duda, pero sin embargo destinado directamente al alma, cuya superioridad proclama aquella ley.

Tal es el plan divinamente propuesto, segun la enseñanza de la Religion que ha civilizado el mundo. Un dueño de toda la tierra: *Domini est terra et plenitudo ejus* (1); un colono, el hombre; un instrumento poderoso de trabajo, el brazo guiado por la inteligencia; un despertador constante, la necesidad; un fin superior, el mundo poco á poco sometido al hombre, y el hombre mismo sometido á Dios. Y como conclusion suprema, Dios glorificado por la obediencia filial del hombre, el hombre recompensado por la bondad todopoderosa de Dios. ¿Cabe nada mas sencillo, mas bello y mas razonable que este plan? *Testimonia Domini vera justificata in semetipsa* (2).

En cambio de este armonioso conjunto, ¿qué nos ofrece la economía positiva, ó *positivista*, que es igual? Contradicciones que Proudhon mismo no ha notado sino á medias, y que el espíritu de sistema le ha impedido describir exactamente.

¿Qué es el hombre para esta ciencia rastrera y lisiada? El hombre es un ser que produce y que consume. (La economía positiva afirma estos dos hechos, y no se eleva hasta su ley; lo cual no le impide razonar hasta perderse de vista sobre la produccion y el consumo.) La natura-

leza á su vez es una mina, de la cual el hombre extrae el goce con mas ó menos fatiga. ¿El hombre no es mas que un molusco perfeccionado, ó el mono progresivo, segun sostiene el asqueroso materialismo? ¿La generacion contemporánea es el último término de una serie eterna, es decir, sin primer término, ó bien tenemos en el cielo un Autor, nuestro Padre, nuestro Dueño? ¿Qué importan estas cuestiones! La ciencia eminente, una del cristiano busca cuidadosamente la solucion de aquellas antes de internarse en las sinuosidades de las ciencias secundarias. La economía positiva desdeña estas vastas concepciones. En la naturaleza se descubren fuerzas regulares y útiles; la economía positiva las describe, pero no pasa de ahí.

¿Hay realmente una gerarquía en las necesidades? ¿Tienen todas iguales derechos? ¿Existen falsas necesidades, frutos impuros de pasiones perversas? ¿Pueden ocurrir casos en que deben ser reprimidas ciertas necesidades? La economía positiva prescinde de semejantes cuestiones.

El hombre es un animal que consume. La necesidad incita al consumo. El consumo exige la produccion. El consumo encuentra en la penuria de la produccion límites que dejan sin satisfacer parte de las necesidades. Disminuir este inconveniente por medio de la multiplicacion de los productos; obtener esta multiplicacion por medio de la organizacion perfeccionada del trabajo, tal es el problema que hay que resolver para el economista positivo. Hacer un reparto mejor de los productos entre los consumidores: hé aquí todo el *postulatum* de los economistas humanitarios. Hacer todo esto sin olvidar las leyes de la moral: hé aquí todo el deseo de los economistas espiritualistas. Los mejores piden que la economía se incline ante la moral, y la sirva como á una Reina; estos no están lejos del reino de Dios, pero no disponen de las poderosas palancas que la Religion práctica posee.

Dos amores solo pueden determinar los actos del hombre: el amor de Dios y el amor de sí mismo. El amor del prójimo se subordina necesariamente á este ó á aquel. Todo ser inteligente tiene el instinto de la conservacion y de la dicha. Si yo estuviese solo en el universo, no trabajaria mas que para mí. Pero veo á mi lado á un hombre semejante á mí. ¿Por qué, si mi interes se encuentra en oposicion con el suyo, he de renunciar mi dicha para procurar por la de este extraño? Lo natural es que yo piense en mí mismo antes que en otro. ¡Pero en lugar de un semejante son dos, diez, ciento, un millon! El caso es el mismo. Mientras yo no salga de la esfera puramente humana, debo preferir mi comodidad á la de dos extraños, de tres de un millon. De aquí la necesidad de organizar mi trabajo, no en interes de otro, sino en mi interes personal. Y si soy fuerte, sea por mis capitales, sea por mi posicion, sea por mi habilidad, emplearé mis recursos en satisfacer, no las necesidades generales, sino mis necesidades propias; necesidades que, á pesar de mi riqueza, crecen con mis pasiones mas rápidamente todavía que mis productos. Dejemos una vez siquiera de ser sentimentales, y seamos lógicos. Estinguído en mi alma el amor del Bien infinito, de Aquel á quien yo debo todo, de mi Padre celestial, en una palabra, de Dios, ya no tengo mas fin que el goce: mi progreso consiste en el crecimiento del goce, porque el

(1) Ps. xxiii, 1.^o
(2) Ps. xviii, 18.

hombre, cuanto mas goza, mas hombre es. ¡Gocemos!

Harto sé que pocos se atreven á usar abiertamente de este lenguaje. Nosotros vivimos en Europa, y sobre todo en la Europa meridional, donde hay todavía un fondo de costumbres cristianas que sobrenada aun despues del naufragio de la fe. Pero á medida que la fe baja, el egoismo sube, y con el egoismo el progreso económico; debiendo ser social, tórnase en individual, lo cual le hace ser moralmente nocivo. La ciencia económica se convierte de este modo en el arte de acaparar el mayor número de goces posible. Siendo el goce el objeto final, y hallándose la pena unida al trabajo, el problema, en definitiva, se reduce á buscar el goce sin trabajar, es decir, devorando el trabajo de otro. Muchos de nuestros contemporáneos plantean precisamente de este modo el problema.

(Se continuará.)

VIRGINIA,

ó

ROMA EN TIEMPO DE NERON:

novela escrita en francés

POR VILLEFRANCHE,

Y TRADUCIDA POR

D. FRANCISCO MELGAR.

(Continuacion) (1).

Cineas espresaba su asentimiento por medio de su silencio.

—Pero, añadió la jóven, la insurreccion, ¿se ha atrevido á atacar las colonias?

—Camulodunum ha sido tomado.

—¿Y los habitantes?

—Asesinados desde el primero hasta el último.

—¿Y el ejército? ¿Y Lucio, que era, unido á tí, Cineas, mi único amigo? Acaso en este momento se halle á merced de aquellos bárbaros...

—Ya te lo he dicho: serénate, amada hermana mia: se ha perdido de vista á Lucio y sus compañeros de armas, detras del humo de las hogueras encendidas entre ellos y nosotros; pero deben estar en Mona, en disposicion de defenderse. Ya les volveremos á ver; un día ú otro reaparecerán victoriosos, como el sol saliendo del seno de las nubes.

—Siempre poeta, mi querido Cineas; pero se necesita para tranquilizarme algo mas que risueñas comparaciones. ¿Has visto tú mismo los despachos del correo?

—Sí; Burrho me los ha leído, y los he escuchado tan bien, pensando en tí, que me parece podré repetírtelos palabra por palabra. Son del comandante de la flotilla romana de Itius Portus (2). Este es su contenido:

«Dos embarcaciones pequeñas de esta flotilla acababan de llegar de Lóndres, no sin correr algun peligro, con motivo de las flechas y las hondas de los naturales de la isla, que cubrian las dos orillas del Támesis. Boadicea habia explotado hábilmente los escesos de los legionarios, y hecho circular por todas partes el rumor del próximo reembarco de nuestras tropas, llamadas á consecuencia de los reveses experimentados en las Galias y en Germania. Los jefes de los druidas la acompañaban y apoyaban con toda su influencia, refiriendo prodigios extraordinarios, verdaderos ó falsos, pero que todos pre-

sagiaban desgracias á los extranjeros. La estatua de la Victoria, en un templo romano, ha caído por sí misma de su pedestal. En la Cámara del Consejo, invisibles oradores habian replicado, en lengua bretona, á los oradores latinos: las fuentes de los bosques sagrados habian brotado sangre, y, por último, como presagio favorable á todos los oprimidos de raza céltica, los sacrificadores habian leído terribles secretos en las entrañas de un oficial de Suetonio, que habian podido inmolar á Teutates, y el misterioso muérdago se habia descubierto abundantemente, no en una encina sola, sino en todas las encinas de una vasta selva.

»Los colonos romanos no se juzgaron ya seguros en los campos, y se retiraron á las ciudades; pero las mismas ciudades se vieron pronto cercadas. Los de Camulodunum enviaron á Cato Deciano, el procurador, para obtener socorros. Los veteranos se desanimaron, se descurdaron en las guardias, ó se dejaron engañar por los cómplices secretos de la rebelion, y, á favor de la noche, los bretones penetraron en la ciudad, pasaron todo á cuchillo, y destruyeron el templo edificado en honor del Emperador Claudio, único lugar donde se les opuso una resistencia formal. Un número insignificante de fugitivos que lograron escapar, habian anunciado en Lóndres tan desastrosos acontecimientos.»

—¿Y el pretor? ¿Qué hacia el pretor durante ese tiempo? preguntó Elena.

—Petilio Cercalis se puso en camino con la legion novena para librar la plaza; pero fue derrotado, y su infantería completamente destruida, escapando con la caballería á duras penas.

Elena dirigió al narrador una mirada llena de desesperacion. Aquella última noticia era la peor de todas. No se trataba ya de un sencillo destacamento; una legion entera habia sido derrotada.

—Habia algo de temeridad, añadió Cineas respondiendo al pensamiento de la jóven; habia algo de locura en atacar á millares de salvajes con una sola legion. Suetonio es un general de otro temple. Se tomará tiempo, y todo lo reparará en una batalla.

—No, no, ya no lo espero, replicó impetuosamente Elena, obstinándose en su desesperacion. Está bloqueado en Mona, con mi pobre Lucio, y los socorros llegarán harto tarde.

—Suetonio bloqueado, contestó Cineas, no es lo mismo que Suetonio vencido en un asalto, ó capitulando. Yo te aseguro que un hombre como él, aunque estuviera encerrado en la Ultima Tula, se escaparia de ella y conduciria á su ejército intacto. Si algunos de nuestros generales han sufrido desastres, los han sufrido á consecuencia de faltas tuyas, y de parte de Suetonio no parece verosímil falta alguna. Pero continúo mi narracion: los bretones, despues de la derrota de Cercalis, se han precipitado como un torrente que devora todo cuanto encuentra. Se dirigen á Verulam y Lóndres, y Deciano ha sido descubierto, atrincherado con los restos de su legion, en un promontorio situado en la desembocadura del Támesis; los dos navíos de Itius Portus le han recogido y desembarcado en la orilla gala.

—¡Ha huido! ¡El pretor ha huido!

—Sí; ya sabes que la mayor parte de las tropas está con Suetonio.

—¿Entonces es que no ha sabido morir gloriosamente? ¡Ah, cobarde! Despues de haber impulsado á los bárbaros hasta el paraismo de la rabia, les tiene miedo, y se salva. ¡Honrosa conducta para esos generales romanos que han echado un yugo sobre todo el universo, y tambien, por consiguiente, sobre nuestra hermosa patria! ¡Ladron y cobarde, bien se casan ambas cualidades!

La jóven, al pronunciar estas palabras, iba y venia con agitacion por la azotea. Hubiérase dicho que buscaba en su indignacion contra Petilio, un consuelo y como un paliativo para sus propias angustias. Al cabo de algunos minutos, volvió al lado de su hermano, y, sentándose de nuevo, le dijo:

—Cineas, ¡pero si el pretor ha huido, Suetonio está perdido, perdido sin remedio!

(1) Véase nuestro número anterior.

(2) Boloña, ó Wissant, ó Calais; los comentaristas no están conformes.

—No, hermana mia, no; el terror te estravía. Reflexiona un poco. Queda un gran número de puestos militares que no han sido tomados, y sus guarniciones reunidas pueden formar un ejército. Los bretones son incapaces de sostener un sitio; su naturaleza es demasiado impaciente. Si no toman una plaza al primer asalto, pasan de largo, y buscan otra mas débil. La táctica indicada á Suetonio por su situacion; la que, segun todas las probabilidades, ha seguido, consiste en retroceder delante de las masas de los insulares, retroceder siempre, de fortaleza en fortaleza, retirando en cada ciudad del tránsito las guarniciones; y despues, cuando sus fuerzas estén engrosadas suficientemente, marchar de una vez hácia adelante. Y dime, hermana mia: ¿para quién será aquel día el triunfo? ¿Piensas que hordas mal armadas, y sin disciplina, por valientes y numerosas que las supongas, están en disposicion de sostenerse una hora contra un verdadero ejército romano, contra el ejército de Suetonio, de Agrícola y de tu valiente esposo? Yo no vacilo un minuto en afirmarlo: el resultado de semejante encuentro está de antemano escrito en las sentencias del destino, y este resultado es la ruina, ruina completa, irreparable, de la insurreccion.

La jóven levantó los ojos al cielo, como para tomar por testigo de aquella consoladora afirmacion á ese destino que acababa de invocar su hermano, y los dos, sentados el uno al lado del otro, permanecieron silenciosos largo tiempo. Elena se embecia en el recuerdo de su esposo; Cineas no queria turbar los pensamientos de su hermana, y nada tenia que añadir á lo que ya habia dicho.

El sol ya habia salido; su disco subia lentamente, á traves del espeso follaje de los árboles, iluminando en su plenitud los esplendores del paisaje, y espejeando acá y allá en las fugitivas aguas del riachuelo Aurens. Cineas pensaba en la apóstrofe del poeta latino, cuya tumba, ya ilustre, acababa de abrirse allá abajo á la sombra de un verde laurel, al pie del Vesubio, cuya cima humeante podia entreverse desde allí:

Salud, tierra de Marte, tierra amada,
Fecunda en mieses, pero mas en hombres
Que gobiernen al mundo con su espada;

y su pensamiento volaba, involuntariamente, mas lejos; atravesaba el mar Jónico, y saludaba otra comarca, mas fecunda todavía, si no en mieses, al menos en hombres.

Elena tenia otro género de preocupaciones; miraba vagamente en torno suyo, y su respiracion, siempre irregular, aunque mas tranquila que poco antes, no permitia creer que se hubiesen apaciguado sus temores. Cineas fue el primero que rompió el silencio.

—No tengo necesidad, dijo, de preguntarte en qué piensas.

—¿Cómo ocuparme en otra cosa que en él, respondió Elena, cuando acaso sea la viuda de tan noble guerrero, y nada sepa!

Y se puso á cantar á media voz, como para sí misma, la lastimera cancion de Penélope aguardando la vuelta de Ulises:

¡Dejadme, sí, dejadme! Amargaría
Vuestra fiesta feliz con mis lamentos;
Hasta el alma he perdido; el alma mia
Lejos vuela, juguete de los vientos,
A ver del mar la tempestad bravía.

—Bien, contestó Cineas; pero piensa, hermana mia, en las últimas estrofas del mismo canto:

Cástor y Pollux, astros bienhechores,
Brillan, marcando ya rumbo al marino,
Y del mar por los senos mugidores,
Neptuno vencedor se abre camino,
Y Euro apaga sus lúgubres rumores.

Elena, en lugar de contestar, volvió á caer en su éxtasis. Al cabo de poco tiempo, respondió:

—¿Cástor, Pollux, Neptuno! ¿Qué me importan esos mitos impotentes, ni qué me importa tampoco Júpiter y todo el Olimpo? Cineas, quisiera creer en las supersti-

ciones vulgares; envidio á la mujer de un marinero ó de un soldado. Estas toman á su Dios en sus manos; se postran ante los penates ó los lares de metal, y se imaginan que son oídas; que por fin su esposo saldrá libre, y confían; ¡porque creen y porque oran! Pero yo, ¿á quién quieres que invoque?

—¡No ha de ser, ciertamente, á sus impuras deidades, á su Júpiter adúltero, á su Mercurio ladron, ó á su Venus deshonorada! Pero piensa, hermana mia, en el Dios grande, en el Dios único que nos han enseñado á conocer en Atenas, en la escuela de los discípulos de Platon.

—Sí, dijo Elena con un ademán de desaliento. ¡Si ese Dios es algo mas que la creacion de una imaginacion poética y grandiosa, si hay algun Dios que no sea el destino, la inexorable y ciega fatalidad!

—Querida mia, los mas grandes genios lo afirman, y mi amigo Séneca no duda, como no dudaron Sócrates, Ciceron y la mayor parte de los sabios.

—*¡La mayor parte!* exclamó la jóven, recalcando esta frase. Pues bien; lo concedo. No escucho ya mas que á mi corazon y á las enseñanzas de nuestra juventud: yo creo, pero me atreveré á importunar al gran Ser con mis ruines penas, y á interpelarlo directamente; yo, miserable criatura, perdida en la inmensidad de los mundos, ¿puedo esperar que me oiga, que me ayude? ¡Ah! acuérdate, hermano mio, de los versos de nuestro poeta favorito:

«¡Qué lugar tan despreciable
Llena el hombre en el espacio!
¡Qué huella tan fugitiva
Dejan tras de sí sus pasos!
¡Cuán poco nuestros lamentos,
Ora tiernos, ora amargos,
Turban las eternas leyes
Que el Infinito ha trazado!»

—Es posible, contestó Cineas; pero yo me atengo á las sublimes concepciones de Sócrates en Xenofonte: «El Ser Supremo es tan grande y tiene una naturaleza tan elevada, que oye y ve todas las cosas á un mismo tiempo; está presente en todas partes, y cuida de todo á la vez.» ¡Oh qué admirable, qué consoladora teoría, hermana mia! Nos sigue con su mirada, nos escucha. Vela del mismo modo sobre todas sus criaturas, cuida de nosotros como un padre, de ti aquí, y de Labeon en Bretaña. Acuérdate ademas, en apoyo de esta teoría, de la oracion tan valiente de Sócrates: «Dios grande, concedednos las cosas que nos sean necesarias, pidámoslas ó no, y preservadnos de aquellas que nos perjudicarian, aun cuando os las pidamos.»

—Cineas, dijo sonriéndose tristemente la jóven; por mas que tú seas mi hermano mayor, te has quedado mas jóven que yo. Yo no soy ya la loca entusiasta de los jardines de Academus; el bullicio de la vida real no me permite ya soñar despierta.

—¿Qué! hermana mia: ¿llamas sueños á nuestras antiguas aspiraciones á lo bello y lo bueno, el Ideal infinito? Yo nunca he cesado de perseguir esas aspiraciones; siguen siendo el encanto de mi pensamiento y el mas levantado fin de mi existencia.

—Perdóname, hermano querido: no es mia exclusivamente toda la falta. ¿Por qué me has obligado á ceder á la estimacion que me inspiraba tu brillante compañero de estudios, el romano Labeon? Me he convertido en una matrona romana; he viajado mucho; he morado en la Galia y en la Germania; he tenido un hijo, imponiéndome la obligacion de no separarme nunca de él; los incansables cuidados que reclama la infancia, ese dulce pero imperioso tirano, y la direccion de una casa considerable, apenas me han dejado tiempo para las abstracciones. No obstante, ¿quién puede olvidar al divino Platon, y á Píndaro, y á Esquilo, y á todos los genios de nuestra Atenas? Resuenan en mi oído, á orillas del Tíber, los murmullos melodiosos del Cefiso y del Simois; en mi interior sostengo con fruicion la superioridad del espíritu helénico, del arte helénico, y sin lisonjearme de poseer tan bien como tú nuestros queridos poetas, repaso con

frecuencia sus mas bellos trozos, para poder repetírselos á mi hijo. Pero, te lo confesaré: todo esto distrae á mi corazon, sin llenarle. En ninguna parte encuentro la claridad apacible, la confianza, la fe en Dios y la resignacion que en este momento necesito tanto. Francamente, hermano mio; si estuvieses en mi lugar, ¿crees que serias mas dichoso?

El jóven no se atrevió á responder.

—El arte, prosiguió Elena, es una recreacion encantadora, pero que exige un espíritu libre, exento de cuidados. El arte es un punto de apoyo harto débil para un alma combatida por las tempestades de la vida. Tú tambien has permanecido ateniense, ateniense de los antiguos tiempos, en medio de una sociedad decrepita. Tú desdeñas del mismo modo la brutal rudeza de aquellos antiguos romanos que nada concebían sobre la fuerza, y la afeminada molicie de estos jóvenes patricios que cambian de sortijas segun las estaciones, pretendiendo ser incapaces de sostener en sus dedos el mismo peso en el verano que en el invierno. Dime, ¿nunca has sentido el vacío bajo la armonía de las líneas y de la forma? ¿Nunca has encontrado las tinieblas en las profundidades de los sistemas contradictorios? ¿Qué fondo sólido puede ofrecer una filosofía donde todo son preguntas, y donde no hay pregunta que no conduzca á esta palabra: *acaso*?

El jóven bajaba la cabeza, y continuaba callado.

(Se continuará.)

REVISTA DE LA SEMANA.

La discusion de la regencia, que habia empezado á fines de la semana anterior, ha entretenido á nuestros constituyentes los primeros dias de la última. Como la mayoría se habia conformado por fin en hacer regente al general Serrano, despues de muchos cabildeos y de muchas conferencias en que se habia examinado el asunto en todos sus aspectos, no era de esperar que la discusion tuviera en general gran interes, y así ha sucedido en efecto. Los republicanos presentaron algunas enmiendas al proyecto de ley de regencia, pidiendo ya que, en lugar de esta, se nombrase un consejo ejecutivo de cinco personas, ó de tres, y ya que se limitasen las facultades del regente, haciéndole responsable de sus actos ante las Cortes; enmiendas á las cuales se contestó ligeramente por los individuos de la comision. «Nuestras enmiendas, decia un orador republicano, podrán aparecer como una contradiccion en las filas de esta minoría; pero no significan mas sino que, batiéndonos en retirada, combatimos duramente, y por cuantos medios no es posible, el proyecto de regencia; y ya que no podemos impedir que esta sea un hecho, vamos á ver si conseguimos al menos que no sea única, ni inamovible, ni irresponsable.»

Tambien algunos unionistas echaron su cuarto á espaldas en la discusion del proyecto de regencia, ya presentando alguna enmienda, como el Sr. Bugallal, ya combatiendo al proyecto en su totalidad, como el señor Navarro y Rodrigo. Este orador empezó preguntando por qué, en lugar de elegir regente, no se habia de elegir Rey para entrar en una situacion definitiva. Una buena parte de su discurso tendió á demostrar que varias de las combinaciones intentadas para traer un príncipe al Trono de España, se habian frustrado por la opinion de Francia; y sin embargo, el Sr. Navarro y Rodrigo, que tanta importancia daba á la actitud del gobierno del ve-

cino imperio, defendió calurosamente la candidatura del duque de Montpensier.

Uno de los discursos mas notables que se han pronunciado en la discusion de la regencia, ha sido el de nuestro amigo el Sr. Ochoa. El jóven diputado navarro demostró que el proyecto de regencia era anticonstitucional y antiparlamentario; que nada mejoraria la situacion del pais nombrando el regente, y que era un absurdo suponer que si ahora no se podia elegir Rey, se podria hacer mas adelante. El Sr. Ochoa dijo, quizás con verdad, que la regencia significaba miedo á los republicanos. «Si el general Serrano, decia nuestro amigo, no ha podido dar estabilidad á la situacion y sosiego al pais durante el gobierno provisional y el poder ejecutivo, tampoco podrá en la regencia, que es tambien provisional. España necesita un gobierno fuerte y justo, que se apoye en la tradicion y en el catolicismo; España es monárquica, y quiere un Rey; pero no un Rey de pandilla ó de partido, sino un Rey que represente un principio salvador, que gobierne en armonía con los sentimientos religiosos de este pueblo.» El Sr. Ochoa concluyó dando un entusiasta *viva* á Carlos VII; y aunque el presidente de la Cámara quiso decir que no eran propios del lugar los gritos de ese género, nuestro amigo le recordó que donde se vitoreaba á la república, bien podia vitorearse al Rey legítimo.

Tambien el Sr. Castelar combatió rudamente el proyecto de regencia; y lo hizo con tal suerte de argumentos, que nos pareció muy bien la resolucion que habia tomado el general Serrano de no asistir á las sesiones de las Constituyentes. No aplaudiremos nosotros, ni mucho menos, todos los razonamientos del Sr. Castelar; pero convengamos en que, hablando de la persona del candidato á la regencia, tuvo recuerdos oportunísimos. En pocas palabras hizo la historia del general duque de la Torre, recordando que este señor trabajó con Espartero contra la Reina Cristina, y despues derribó á Espartero en Barcelona; que entró en la coalicion de 1845 en el mes de mayo, para abandonarla en noviembre; que sostuvo al ministerio puritano, y le dejó caer mas tarde en el abismo; que obligó á O'Donnell á firmar el manifiesto de Manzanares, en que se estableció la Milicia nacional, y apoyó luego al ministerio que la disolvió; que con un gesto salvó la dinastía de Isabel II el 22 de junio, y con otro gesto la derribó el 28 de setiembre.

Pero todos los esfuerzos de las oposiciones se estrellaron contra la resolucion firmísima de la mayoría, y al fin triunfaron los partidarios de la regencia.

El general Serrano es ya regente del reino, y tiene tratamiento de *alteza*. ¿Quién dirá que la revolucion no se va consolidando?

Despues de la discusion de la regencia, ha seguido la discusion sobre el proyecto de ley para elevar á esta clase los famosos decretos espedidos por el gobierno provisional antes de las Cortes Constituyentes. Aprobado, como era de suponer, el de Gracia y Justicia retirando la mezquina dotacion que por via de indemnizacion disfrutaban los Seminarios, tocole el turno al célebre decreto de las incautaciones, espedido por el Sr. Ruiz Zorrilla.

Con la lucidez con que acostumbra, y con el doble entusiasmo que le inspiraba el asunto, ya por ser religioso, ya por estar tan relacionado con el arte, á que nuestro

amigo es tan aficionado, el Sr. Vina der combatió el proyecto, y demostró que las incautaciones, además de ser una usurpacion, ningun bien reportaban al arte. El Sr. Vinader recordó con este motivo la desamortizacion, y entre mil ejemplos de ventas que podia haber citado, trajo á la memoria la de la Universidad de Alcalá con todas sus riquezas, la cual se hizo por un puñado de miles de reales. Pero el Sr. Ruiz Zorrilla, que no se para en barras, tuvo la frescura de contestar á nuestro amigo que, no solo no desaprobaba que se hubieran vendido los bienes desamortizados á tan bajo precio, sino que le hubiera parecido bien hasta que se hubieran regalado, si esto era necesario para conseguir el objeto apetecido, que era crear partidarios de Isabel II. No es la primera vez que se escapa esta confesion de labios de los liberales; pero recojámosla una vez mas para que nunca se pierda de vista el origen del partido liberal en España.

En la ceremonia de la jura del regente, que tuvo lugar anteayer en las Cortes, ocurrieron cosas que no son para calladas. Formó, por supuesto, en la carrera la guarnicion y la Milicia ciudadana, y, segun se dice, se hizo preso á un capitán de esta que, estando de guardia, al pasar cierta fuerza del ejército, se negó á formar y hacer los honores de ordenanza.

Dentro de las Cortes, la ceremonia tuvo su parte de sainete bastante notable. Para dejar mas despejada la plataforma, se sustituyó la mesa presidencial con otra pequeña, y en tal disposicion, que cualquiera hubiera creido que iba á hacerse en ella algun juego de cubiletes. El niño del general Prim, vizconde del Bruch, que suele ser indispensable en estas fiestas, no encontrándose bien en un extremo del salon, en donde estaba, quiso pasar al otro por encima de la plataforma del presidente; pero el Sr. Rivero le cogió y le tuvo cariñosamente sobre sus rodillas. El regente, que se habia propuesto decir de memoria su discurso, habia olvidado la leccion, y fue necesario, con perjuicio de la gravedad del acto, que echara mano á los bolsillos para buscar el papel que contenia el discurso. Estos y otros incidentes hicieron agradable la fiesta hasta para los republicanos, que fuera de sus asientos asistian á ella como meros curiosos.

Despues de la jura, el general Prim quedó encargado de formar el nuevo ministerio; y como todo estaba dispuesto, no tardaron en estenderse los decretos, y pocas horas despues juraban sus cargos ante el regente: el general Prim, como presidente del Consejo de ministros y ministro de la Guerra; D. Manuel Silvela, de Estado; D. Luis Cristóbal Martin de Herrera, de Gracia y Justicia; Sagasta, de Gobernacion; Figuerola, de Hacienda; Ruiz Zorrilla, de Fomento; Topete, de Marina é interino de Ultramar.

Hé ahí, por fin, cómo se ha resuelto la crisis. Sigue Figuerola, sigue Sagasta, y sigue hasta el mismo Ruiz Zorrilla. No han entrado demócratas en el nuevo ministerio, ni tampoco unionistas, porque los Sres. Silvela y Herrera no son unionistas de pura sangre, sino de la fraccion disidente, de que es jefe el Sr. Rios y Rosas. Los unionistas puros se han negado terminantemente á tomar cartera alguna: de suerte que el elemento progresista es el dominante. No pasaremos muchos dias sin que se empiece nuevamente á hablar de crisis.

Los republicanos siguen haciendo pactos federales;

con este objeto ha habido dias pasados en Valladolid una reunion de los representantes republicanos de las provincias castellanas, y otra reunion en Córdoba de los representantes republicanos de Andalucía, Estremadura y Murcia. Entre tanto en las Cortes se dirigen frecuentes preguntas al gobierno acerca de los límites de los derechos individuales, y aunque el Sr. Sagasta declaró terminantemente que votada la monarquía no podian consentirse manifestaciones públicas, ni gritos, ni banderas con el lema de *viva la república!* al dia siguiente de tal declaracion, con el objeto de ir á esperar á ciertos federales que volvian de establecer el pacto en Castilla, se organizó una procesion con banderas de las declaraciones subversivas.

Anteayer y ayer era objeto de todas las conversaciones en Madrid la inesperada venida del conde de Cheste. Los periódicos anunciaron el dia antes que llegaria á Madrid el viérnes, y no se dió generalmente crédito á la noticia; pero la realidad de los hechos puede mas que todos los cálculos. El general isabelino se presentó, en efecto, el viérnes por la mañana en la estacion del ferrocarril del Norte; veinticuatro horas antes de salir de Francia anunció al cónsul de España en Bayona su propósito de venir, para que no se creyese que venia furtivamente. El cónsul avisó al gobierno, y este dispuso que bajaran á la estacion á recibir al viajero el jefe de la Guardia civil de Madrid, brigadier Merelo, con un comandante y un subalterno del mismo cuerpo. El brigadier saludó militarmente al conde, sin acordarse de que este está dado de baja como militar; el conde contestó al saludo cortesmente y advirtiéndole que no era general, sino el ciudadano Juan de la Pezuela; y despues de algunas palabras, los dos entraron en el despacho del jefe de estacion.

Al poco rato partia de la estacion del Norte un coche de colleras, en el que iban el general Pezuela con un hijo suyo, que habia salido á recibirle, el brigadier Merelo y el comandante y subalterno de la Guardia civil. El brigadier dijo al cochero: «Por la ronda á la estacion de Atocha.» En esta estacion se preparó un tren especial para Aranjuez, á donde fue conducido el conde de Cheste, sin permitirse á su hijo que le acompañara. En Aranjuez, segun parece, debia esperar aquel al tren que va por la noche á Andalucía, y, segun se dice, continuará el viaje hasta las islas Canarias. Imposible es determinar qué motivos han inducido al conde de Cheste á venir á España; pero fácil es adivinar que ha ocurrido algo grave en el campo de doña Isabel. El Sr. Pezuela, que ya no puede ser hoy considerado en España mas que como paisano, creyó sin duda que era una verdad lo de los derechos individuales, y que, como ciudadano español, podia venir á España con tanto derecho, por lo menos, como el duque de Montpensier. De todos modos, la venida del conde de Cheste es un acontecimiento extraordinario, que ha de dar mucho que hablar.

Dias pasados tuvo la fina atencion de honrar mi casa mi querido amigo el jóven diputado por Navarra, don Joaquin María Múzquiz, recientemente puesto en libertad y absuelto en la causa que se le formó, juntamente con su hermano, oficial que era de ingenieros, sin otro motivo que manifiestos electorales publicados por el primero.

El Sr. Múzquiz, que, elegido diputado en primeras elecciones por 20,000 votos, no pudo tomar asiento en las Cortes por haberse declarado nula la elección á causa del procedimiento formado contra él, fue nuevamente elegido en segundas sin oposicion. No ha podido, sin embargo, hacer mas que presentar el acta, y acaso es ya demasiado tarde para que pueda tomar asiento en las Cortes Constituyentes.

Siete meses de persecucion, de cárcel, de disgustos y perjuicios considerables, han hecho de los hermanos Múzquiz una protesta viva de las mentidas teorías de libertad y derechos individuales de que tanto se ufanan nuestros revolucionarios, y han engrandecido gloriosamente la hoja de los méritos que de antiguo tiene la familia de los Múzquiz para el aprecio del partido carlista.

Las últimas noticias de Cuba anuncian un gran triunfo alcanzado por nuestros valientes soldados contra los rebeldes reunidos en las cercanías de Puerto-Príncipe.

Se aguarda con impaciencia el primer correo que ha de llegar de la Habana, y que traerá noticias de los sucesos relativos al embarque del general Dulce, y es de esperar que con este motivo se diga sin rebozo cuál es el verdadero estado de la insurreccion en Cuba.—E.

CORRESPONDENCIA ESTRANJERA.

PARIS 17 de junio.

Á escepcion de unos cuantos kioskos que han desaparecido en el boulevard Montmartre, nada nos indica hoy que esta ciudad haya sido teatro de todos esos desórdenes que tan menudamente y con tanta complacencia han contado unos, y con que tanto contaban otros, que, al parecer, los esperaban aquí y fuera de aquí. Mas dejemos esto para mas adelante: por importante é interesante que sea, tengo, gracias á Dios, hoy algo para nosotros de mayor importancia é interes en que ocuparme.

Desde luego se figurarán Vds. á qué aludo, porque ya nuestros colegas políticos diarios, amigos y enemigos, han hablado de ello, y porque en mis últimas correspondencias lo venia yo indicando. El conde de Morella, nuestro héroe, el héroe verdadero de nuestra patria, que no ve há mucho tiempo en las regiones oficiales sino falsa moneda de héroes; el hombre modelo de consecuencia y abnegacion, ha dado un nuevo mentís, un mentís doble, á los que por cálculo y para tranquilizarse á sí propios le presentaban alejado del Rey y olvidado de la causa carlista.

El general Cabrera, en el apogeo de la gloria, en el colmo de la fortuna; cuando su honra apenas puede crecer por el mismo éxito; cuando su fortuna, ni por el éxito mas completo, puede aumentar, se presenta hoy el mismo que cuando, adolescente é imberbe, salia de Tortosa para lidiar por Cárlos V, por la Religion y la patria. Por la Religion, por la patria; hoy, como hace cerca de cincuenta años, ofrece Cabrera toda su sangre, y ¡oh maravilla! yo puedo asegurar á Vds. que Cabrera, con la esperiencia de un general consumado en el arte de la guerra, conserva el mismo ardor, los mismos brios, la naturaleza de hierro de sus primeros años. Se decia, con mal disimulado júbilo, por todos nuestros enemigos: «Cabrera no está al lado del Rey;» y hoy, re-

pitando lo que contestábamos siempre, pero de modo que los enemigos tengan que reconocer la verdad, aunque al general no se le vea aun en Paris, nosotros decimos: «El general Cabrera está al lado del Rey; es todo de la causa carlista; es, bajo el Rey, su representante glorioso y su jefe absoluto.» Se añadía, sabiendo que esto habria de suceder, y por buscar algo que quitara su fuerza al hecho: «Cabrera es, sí, siempre carlista, pero quiere la libertad de cultos.» Y hoy, ya sin indignacion, porque no sabe sino compadecer á los que así hablan, repetimos, apoyándonos en las mismas palabras del mismo General: Cabrera es católico, tan católico como siempre lo fuera; y no solo conserva el vivísimo sentimiento religioso de su niñez y sus primeros años, sino que á la fuerza del sentimiento se une en él la de la conviccion, por cuanto el estudio y la esperiencia han demostrado á su perspicua y profunda inteligencia. Ser carlista y no ser católico ante todo y sobre todo, ¡qué monstruosa é imposible contradiccion! Ser Cabrera y no ser carlista, ¡qué absurdo tan grande! Pues por lo que en ese absurdo y en esa contradiccion buscaban los que, apoyados en una y otra cosa, presentaban á Cabrera apartado del Rey y olvidado de nosotros, se ve cuán grande era su interes en que eso sucediera, y qué es lo que nos promete, lo que nos asegura el que eso no sea, el que sea lo que no podia menos de ser: Cabrera, siempre carlista, porque siempre ha sido católico; siempre católico, porque jamás ha dejado de ser carlista, á nuestra cabeza, al lado del Rey, enfrente de todos los enemigos de la Religion y de la patria.

Hé ahí el resultado de todas las intrigas de los moderados, que produjeron el manifiesto de Masgoret, y ya ven Vds. que punto por punto ha sucedido lo que les dije. Aquí, en Bayona, Perpiñan y Burdeos, reina el mayor entusiasmo, y desde luego supongo lo que pasará en toda España: todos aclaman á Cárlos VII y al General; nadie duda que, cuando llegue el dia, se salvará España. Y digo á propósito que *cuando llegue el dia*, porque es preciso que esto conste. Seguramente hoy, en la acepcion legal, y segun la legalidad que hay en España (y á esa *legalidad* tenia que llegarse por la *legalidad* de estos treinta y cinco últimos años), nadie conspira; pero es que nosotros no tenemos que hacer nada, porque nuestros adversarios conspiran, en la verdadera acepcion de la palabra, eficazmente por nosotros en todos sus actos, con todas sus palabras. Por la *legalidad* del mal vamos llegando á la verdadera legalidad, á la legitimidad; el exceso del mal nos lleva á la abundancia del bien.

Al lado de D. Cárlos VII, rodeado de todos sus generales, de todos sus estadistas, de toda la ilustre y heroica comunión carlista, se agrupan todos los intereses, todos los sentimientos, todos los instintos conservadores y honrados de España, porque ya no es un misterio para nadie que las adhesiones del ejército son seguidas por las de la Marina; que con los propietarios llegan los industriales, los obreros y los proletarios; en tanto en el palacio Basilewski continúa la cábala, la intriga, y á ellas se agarran el desaliento y la desesperacion. Quisiera oir ahora á *El Siglo*: ¿qué dice de lo últimamente ocurrido? ¿Sigue tronando contra todos los corifeos activos y pasivos de la revolucion de setiembre, y ensalzando á los pocos caidos en esa fecha, ó bien ha abandonado á estos

y pasa la mano por la cara á algunos de los otros? Digo esto, porque ya en el palacio Basilewski los Gonzalez Brabos, los Orovios, en fin, los moderados están muy en baja, mientras se espera algo y mucho de otros hombres que están del otro lado de la frontera, y aun en buenos puestos oficiales.

Aquí hemos tenido dos comisionados; uno civil, el Sr. M...; otro militar, el Sr. A..., que traían poder y consejos de los C..., de los C., de los P. H..., de toda esa *claca* militar y civil de los burgraves del parlamentarismo. En ningun caso esta gente puede inspirarnos compasion ninguna; nos la inspira en cambio grande y verdadera la infanta Isabel, siempre juguete de las pasiones y ambiciones de esos hombres.

Volvamos ahora á la situacion del imperio: ofrece larga enseñanza á quien quiera aprender.

Lo primero y principal que enseña es que jamás á ningun poder que mire al motin y á la revolucion cara á cara, se le vence. Ya en 1848 se vió eso bajo sus dos aspectos: ante el motin cayó el Trono de Luis Felipe, y se bambolearon los mismos de Austria y Prusia, mientras ni siquiera pudo el motin llegar á orillas del Newa, porque Nicolás le miró resueltamente. Lo mismo acaba de suceder en Paris. Ha bastado que Napoleon mirase cara á cara á los revolucionarios, para que estos huyeran des-pavoridos.

Se habla de cambios ministeriales y de cambios de política: no hagan Vds. caso alguno de esas voces; por ahora el *statu quo* en cosas y personas es seguro en Fran-

cia. Me consta que ayer mismo Napoleon se espresaba en estos términos:

«Se quiere en el poder firmeza y vigilancia, y ni lo uno ni lo otro me faltarán á mí. Toda concesion de principios, y aun simplemente de personas, son siempre ineficaces, y á menudo peligrosas en presencia de movimientos populares; y jamás un gobierno que quiere ser gobierno, que quiere que se le respete, debe ceder ni á la presion ni á la seduccion del motin.»

¡Gran verdad, que demuestra que hoy Napoleon no cederá en nada! Pero, ¿habrá un cambio mañana? Si hay guerra, lo verán Vds.; y es fácil, muy fácil, que haya guerra.

ANUNCIOS.

EL PROTESTANTE PROTESTADO.

Núm. 1.º: *Andrés Tunn*, por D. Vicente de la Fuente: precio, 8 reales la docena en Madrid, y 10 en provincias.

Núm. 2.º: *La Salvacion del pecador*, por D. Francisco Gomez Salazar, presbítero: precio, 6 rs. la docena en Madrid, y 7 en provincias.

Estos libritos, publicados con licencia de la autoridad eclesiástica, están destinados á prevenir al pueblo español contra los errores de otros que han esparcido los protestantes con gran profusion, titulados: *Andrés Dunn, Si, hay un Salvador para tí, y El amor de Dios hácia los pecadores*. Ni los autores ni el editor tienen por objeto lucrar en estos libros, sino prestar un servicio á la causa de la *Unidad católica* en España.

Se hallan de venta en Madrid en la imprenta de *La Esperanza*, calle del Pez, núm. 6, y en las librerías de D. Miguel Olamendi, calle de la Paz; de los Sres. Tejado hermanos, calle del Arenal, y de los Sres. Viuda é hijo de D. E. Aguado, calle de Pontejos. Los pedidos de fuera pueden dirigirse á los mismos puntos, ó al editor, D. Antonio Perez Dubrull, calle del Carbon, núm. 4, cuarto tercero, Madrid.

CONDICIONES Y PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid. En su Administracion, calle del Carbon, núm. 4, cuarto tercero; en la imprenta de *La Esperanza*, calle del Pez, núm. 6, y en las librerías de Olamendi, Aguado, Tejado Hermanos, Lopez, etc.

Provincias. Por medio de los comisionados de la REVISTA, que lo son tambien de *La Esperanza*, ó dirigiéndose á D. Antonio Perez Dubrull, Administrador y editor de la REVISTA, acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro, ó en sellos de franqueo si aquello es absolutamente imposible; pero certificando las cartas en que vengan estos, para evitar extravíos.

Ultramar y extranjero. En los puntos siguientes: *Paris*, M. Brachet, rue de l'Abbaye, 8; *Agencia franco-española* de don C. A. Saavedra, 55, rue Tailbout, y en la *Librería Española*, casa de Mad. C. Denné Schmitz, rue Favart, n.º 2.—*Bayona*, M. Lasserré, rue Orbe, núm. 20.—*Habana*, Sres. M. Lopez y Compañía, D. Ricardo B. Caballero y Compañía, D. José María Abraido, calle del Obispo, D. Andrés Graupera, y D. Benito G. Tánago, calle de la Habana, 126.—*Matanzas*, Sres. Sanchez y Compañía.—*Puerto-Príncipe*, don Carlos Tejeiro.—*Remedios*, D. Santiago Sauri.—*Santiago de Cuba*, D. Juan Perez Dubrull.—*Puerto-Rico*, Sra. Viuda de Gonzalez, y D. Pascasio P. Sancerrit.—*Mayagüez*, D. José Miret.—*Ponce*, D. Manuel Lopez.—*Méjico*, Sres. Buxó y Compañía, Portales del Aguila de Oro, y D. Isidoro Devanes.—*Veracruz*, D. Juan Carrelano.—*Puebla de los Angeles*, D. Narciso Bassols.—*Mérida*, D. Rodolfo Canton.—*Tampico*, Sres. Gutierrez y Vitory.—*Nueva-Yorch*, en la redaccion de *El Cronista*.—*La Guaira*, Sres. Salas y Montemayor.—*Guatemala*, D. Ricardo Escardille.—*Caracas*, D. Cornelio Perozo.—*Cartagena de Indias*, D. Joaquin Velez.—*Bogotá*, Sres. Medina Hermanos.—*Lima*, D. Benito Gil.—*Buenos-Aires*, D. Federico Real y Prado.—*Montevideo*, Sres. D. Gregorio Ibarra y hermano, y D. Hipólito Real y Prado.—*Guayaquil*, A. Lamotta.—*Vaiparaiso* (Chile), D. Nicasio Ezquerria y D. Orestes L. Tornero.—*Santiago de Chile*, D. A. Raymond.—*Manila*, D. Francisco de Marcaida, Sres. Ramirez y Giraudier, D. Quintin Zalvidea (Santa Cruz), y D. Estéban Plana.

La Revista se publica los dias 5, 13, 20 y 28 de cada mes.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN LA ADMINISTRACION Ó EN LA IMPRENTA DE "LA ESPERANZA."	Madrid y provincias.	Ultramar y extranjero.	POR MEDIO DE LOS LIBREROS Y COMISIONADOS.	Madrid y provincias.	Ultramar y extranjero.
Por un año.....	50 rs.	5 pfs.	Por un año.....	60 rs.	6 pfs.
Por un semestre..	25 >	3 >	Por un semestre..	30 >	3 ½ >
Por un trimestre..	13 >	> >	Por un trimestre..	16 >	> >

En Madrid podrá hacer la suscripcion, el que así lo prefiera, por medio de los repartidores, á razon de 5 rs. al mes.

Á los señores corresponsales y librereros, tanto de España como del extranjero y Ultramar, que reunan cinco ó mas suscripciones, se les enviará gratis la REVISTA. De igual beneficio participarán tambien los particulares que reunan el mismo número de suscritores.

REGALO.

Á todo el que se suscriba á la REVISTA abonando el importe de un año, se le regalarán en el acto tres retratos en tarjeta perfectamente fotografiados: uno de busto y otro de cuerpo entero y traje militar del Sr. D. Carlos de Borbon, y otro de busto de su augusta esposa doña Margarita.

El que por tener ya los espresados retratos prefiera una de las dos obras siguientes, elegirá la que guste:

Vidas de los Mártires del Japon y de San Miguel de los Santos, con seis bonitas láminas litografiadas. Además contiene una detallada reseña del acto de la canonizacion, y un extracto biográfico de los Prelados españoles que asistieron á aquel grandioso acto.—Consta de 272 páginas de impresion esmerada y correcta.

Diario Cristiano, recopilado por el Dr. D. Miguel Martinez y Sanz.—Contiene el martirologio de cada dia, y la vida de algunos de los Santos que figuran en él, ó bien la esplicacion del misterio que en aquel dia celebra la Iglesia.—Consta de 440 páginas de impresion compacta y esmerada.